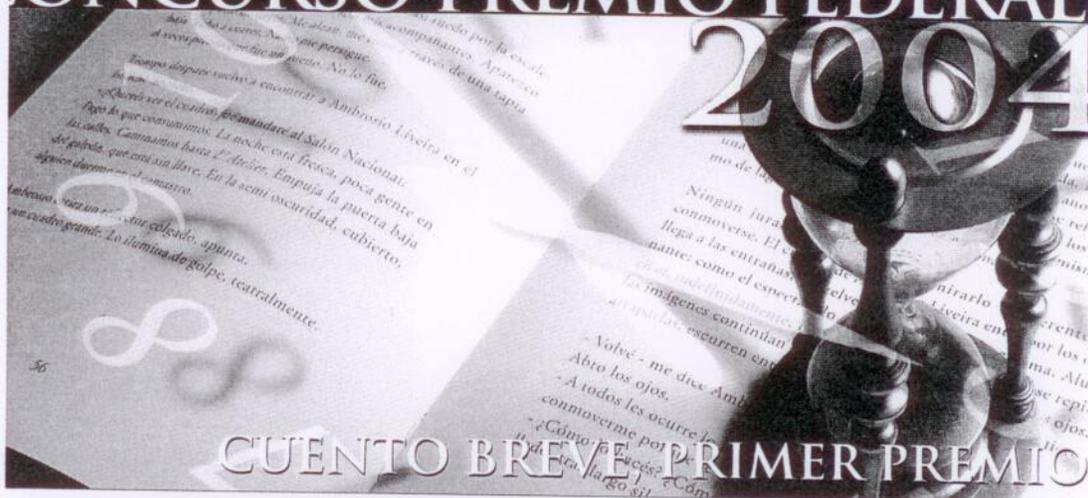


# CONCURSO PREMIO FEDERAL

# 2004



## CUENTO BREVE PRIMER PREMIO

### LEONARDO ALBERTO GARCÍA

 PROGRAMA DE CULTURA

 CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

PROGRAMA DE CULTURA

CONCURSO PREMIO FEDERAL  
2004

## LEONARDO ALBERTO GARCÍA

### Primer premio

Nació en San Juan, el 11 de mayo de 1966.

- Profesor en Ingeniería egresado de la Universidad Católica de Cuyo.

- Ingeniero Civil egresado de la Facultad de Ingeniería de la U.N.S.J.

Premios, distinciones y ponencias: • Mención de Honor Concurso Literario "Celebración - Cien años de la creación del cine" otorgado por el Departamento de Lengua y Literatura Castellana de la U.N.S.J. 1996. • Integrante en el panel de escritores sanjuaninos en la 1º FERIA REGIONAL DEL LIBRO DEL NUEVO CUYO con una ponencia - 1997 • Integrante en el panel de escritores sanjuaninos en la FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO con una ponencia - Buenos Aires- 1997.

- Primer Premio Concurso "Isabel Samaja de Basañez" Asociación A. Casa Natal de Sarmiento- 1998. • Primer Premio Concurso Asociación de Jub. y Pensionados de la U.N.S.J.- 1999. • Seleccionado por la Región Nuevo Cuyo en el Concurso Premio Federal organizado por el C.F.I. - 2001 • Primer Premio en el Concurso "San Juan por sus letras" Dirección de Cultura de San Juan- 2001 • Primer Premio Concurso Literario " Encantadores de la memoria" Depto. de Lengua y Literatura Castellana de la Facultad de Filosofía Humanidades y Artes de la U.N.S.J.- 2003. Publicaciones: • Libro de cuentos "La ira de los oficios" Editorial Papiro S.R.L.- San Juan- 1999. • Participante en la "Antología de Narradores y Poetas- San Juan". Editorial Desde la Gente- 2001. • Libro de cuentos "El amor en esas formas tempranas" Ediciones El Nispero. San Juan. - 2005



García, Leonardo Alberto

Concurso premio federal 2004 : cuento breve, primer premio -  
1a ed. - Buenos Aires : Consejo Federal de Inversiones, 2006.

100 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-510-061-7

1. Narrativa Argentina-Cuento. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 27/06/2006

© 2006 Consejo Federal de Inversiones

San Martín 871 - (C1004AAQ) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

ISBN-10: 987-510-061-7

ISBN-13: 978-987-510-061-9

Primera Edición

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, ya sea éste gráfico, fotoestático, magnético o electrónico, sin la autorización expresa del Consejo Federal de Inversiones.



Primer Premio

LEONARDO ALBERTO GARCÍA



Este libro nos transporta a un escenario lleno de personajes, espacios y situaciones que nacen del talento y creatividad del autor, introduciéndonos en ese mágico mundo del relato, sensibilizando al lector, atrapando el interés que sólo las buenas obras provocan.

Por ello es que el Consejo Federal de Inversiones se enorgullece en presentar en este volumen el trabajo literario *La cueva del chanco y otros relatos* galardonado con el Primer Premio Federal de Letras -Cuento Breve 2004 a través del Programa de Cultura y felicitar a Leandro Alberto García por el camino emprendido hacia el merecido reconocimiento de su obra.

Ing. Juan José Ciácer  
SECRETARIO GENERAL DEL  
CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES



LEONARDO ALBERTO GARCÍA

La cueva del chancho  
y otros relatos



## La cueva del chancho

El escalón de la puerta era de piedra y demasiado bajo. La única posición posible era con las piernas paralelas o construyendo una obscena letra *eme* con mis rodillas apuntando al sol. El Tecla no llegaba. Su madre se inclinaba sobre una pileta arrancándole colores a una interminable cumbre de trapos contra una tabla de lavar. Cada tanto se pasaba el antebrazo por la frente o dejaba caer una prenda íntima sobre un fuentón. Yo observaba la operación arrojando mis ojos a través de las rodillas, como si mi cuerpo fuera una gran honda de carne y hueso.

Ella tenía el pelo ceniciento, como casi siempre, y unos tintes violetas le arañaban los muslos que, intermitentemente, la falda dejaba ver. En uno de sus giros me sorprendió y quedé como descubierto en falta aunque mantuve, no sé cómo, la horqueta de mi honda descarada.

Hubiera sido bueno que el Tecla llegara entonces. Ella hundió sus manos en el agua jabonosa lavando una sonrisa sucia para después colgar una a una las telas mojadas en la sogá alta. Algunas gotas le bajaban por los antebrazos a la vez que los talones se despegaban del pasto para hamacarse en el equilibrio de unos tensos pies desnudos. En ese momento nada hubiera logrado que yo apartara la vista, ni siquiera el riesgo de que ella le contara a mi madre cómo la había mirado, de qué manera me había enseñoreado siguiendo el camino sinuoso de sus gotas.

Hubiera sido mejor que el Tecla llegara e interrumpiera aquello que, en rigor, no era nada.

El cielo se le derramaba en los ojos mientras sostenía con la boca un broche, y luego otro, y luego otro, permitiéndose, cada tanto, lascivas excursiones hasta el fregadero en donde se echaba hacia delante, curvándose como una llamarada tersa que inventara con cada temblor su tez carbónica.

Mi amigo llegó entonces y su madre se perdió tras una puerta, dejándome de golpe con todo el Tecla. Apenas si había logrado ponerme en pie cuando me preguntó si hacía mucho que lo esperaba. Murmuré que no, pero en realidad no estaba muy seguro. Nos fuimos a cazar palomas, como siempre, más allá del río, bordeando la finca de los Aracena. Estábamos tan lejos que no se veían ni las chimeneas de la minera. Eramos él y yo nomás para decirnos las cosas que sólo el silencio se atreve a arrancar. Ahí mismo le pregunté si alguna vez había entrado en *La cueva del Chanco*. Dijo que no. Había tanto silencio que dolía, ni el viento se atrevía a cortarlo. Entonces tomé un terrón de cal y comencé a golpearlo con una piedra hasta deshacerlo. El Tecla también me acompañó un rato en la estéril tarea de moler el polvo. Después bajamos.

Hay lugares que no deben ser vistos de día. La claridad los desangra entre las maderas rajadas de las ventanas. En el polvo, que baila al compás de la luz, podría decirse que flota algo del alma de las personas que allí habitan. Era posible comprender que los mineros, respirando aquella nube poseída de arcilla y cal, resucitaran su perfil más atávico. El deseo mataba las jerarquías humanas, tanto los capataces como el último ayudante allí debían esperar su turno.

Con el Tecla lo habíamos decidido aquella tarde, la del lento descenso por

la quebrada de Las Tapias. Entraríamos en *La cueva del Chanco*. Un martes tendría que ser porque los lunes por la noche no abría sus puertas y, por lo tanto, tendríamos la certeza de que nos recibiría la calma que le sucede siempre a la tormenta.

Un enorme candado como un gusano de plata envolvía un par de argollas cansadas que custodiaban la puerta. Fue necesario romper una ventana mezquina para poder caer en su penumbra.

Se decían muchas mentiras de la cueva. Demasiadas. Tanto que era imposible distinguir entre las fantasías de los niños y los rumores oficiales. Se aseguraba que las mujeres que quisieran trabajar en el lugar debían pasar primero por *El Chanco Alaníz*, que era el encargado.

Había nueve sillas de totora heridas de tanta espalda, cuatro mesas de tabla cuadradas, de bordes carcomidos en los que se astillaba la madera desnuda. El piso era de tierra, el cielo de caña. Un par de habitaciones contiguas bostezaban su oscuridad con una arcada negra y maloliente. El mostrador era apenas los restos de un ropero mal cortado. Detrás florecían, como senos erizados, los cuellos de unas damajuanas. Me detuve a leer: *Cavic, Ladero, Gargantini, Resero, Maravilla*. El Tecla repasaba un naipe de mujeres desnudas, una colección de bocas entreabiertas nadando océanos de piel.

—¡Mirá Pepo, mirá! — me gritaba susurrando.

Es que en Los Berros no eran así las mujeres. Había pocas, tenían las manos de greda y las pantorrillas como retama. Eran cuerpos ecológicos que nunca

interrumpían el paisaje. Se me ocurrió imaginar qué ocurriría si por el reparto azaroso y mágico de las barajas, una mujer del naípe aterrizara en este pueblo. Un caos ambiental, un insulto descomunal a la naturaleza. Era imposible entonces que en este sitio, tal como se decía, se hubieran tomado fotos como ésas. Esta certeza y la confirmación de que *La cueva del Chancho* era tan sólo una construcción humana, me provocó un torpe alborozo. El Tecla compartía el mismo estado de ánimo. Saboreábamos la alegre soberbia de los descubridores.

Una vinchuca que se perdió entre las sombras tuvo la audacia de quebrar el equilibrio precario entre mis pensamientos y la respiración acompasada del Tecla. Aún nos faltaba visitar las dos catacumbas que desembocaban en el salón principal. Las columnas y las vigas de palo se declaraban incapaces de cobijar tanto alarido.

La escasa luz solar, provocada por la clausura monacal de las ventanas, impedía distinguir los detalles, pero en el centro de la primera reinaba un camastro de hierro. La geografía prepotente del colchón exhibía promontorios elásticos, alocadas depresiones y secos lagos biológicos. No había otros muebles, si descontamos un cajón de fruta vacío ascendido violentamente al rango de mesa de luz. Unos clavos percheros, como garras, arañaban el aire viscoso que alimentaba el fantasma calcáreo.

La otra habitación era idéntica. La siniestra simetría agigantaba la inocencia feroz del espectáculo. La decoración la aportaban los nombres y corazones tallados con navaja en el revoque.

Al fin la cueva, como si fuera un animal dormido que es molestado en la profundidad del sueño, nos arrojó a la calle por la comisura de su ventana. Apuramos el paso. El sol, afuera, ya tejía una mañana amarilla.

Cuando abrí la puerta del consultorio ingresó un viento tibio y, envuelta en él, la mujer ya anciana que reconocí inmediatamente, tal vez por su pelo ceniciento.

Se sentó encorvada sobre la camilla. Casi no hablaba. Tuve que ayudarle a quitarse las medias de muselina para examinarla. Fue en ese instante cuando en sus pupilas percibí el destello del recuerdo. El destello de un capullo de papel arrugado que se iba desplegando como un castillo de filamentos dejando entrever primero el perfil de Belgrano y después el alma naranja de un billete de cien. Detrás mi mano abierta, el brazo extendido y al final mi gesto entre la vergüenza el miedo.

Recordé su media risa cuando mandó llamar al Chanco, como si necesitara pedir autorización, y hasta creí que me iban a echar de la cueva arrancándome una oreja.

Ahora me tocaba auscultar su pecho de nido de hornero abatido, tomarle con dos dedos la articulación del codo y hacerle balancear los brazos como agujas de un reloj desahuciado. Su mirada se entregaba a la lectura imaginaria de un diploma. Pero de golpe dijo: “¿Cómo anda la Turca?”

No escuchaba la palabra “Turca” desde hacía treinta años. Pero fue suficiente para recibir el ataque de una imagen bloqueada en el olvido en donde soy un niño otra vez solo en la casa, intentado trepar para alcanzar la caja de zapatos

escondida que se cae y reparte fotos como navajas de toda la Turca y a veces también el brazo izquierdo del Chanco y otra vez la cueva y la Turca. Fotos como insectos venenosos que se arrastran por el piso, se me escapan y que yo que trato de devorar desesperado.

La anciana me mira. Intento responderle que mi madre falleció en el noventa y seis, pero las palabras se me atorán mucho antes de llegar a la boca.

## La pared del fondo

No le digo más que la verdad, señor. La máquina bajó sin que yo accionara el pedal. Hizo un ruido pegajoso, como una bestia enardecida por un golpe y después bajó y siguió bajando con mis dedos en la ranura que todavía estaban acomodando el material.

Era bastante tarde porque Gómez ya se había ido y los demás todavía teníamos en las caras esa felicidad estúpida de los últimos cinco minutos que hace que nos parezcamos bastante y que pensemos que estamos ya un poco afuera aunque los ojos nos griten que estamos bien adentro. Entonces el dedo cayó al piso, de golpe, junto con el anillo. Una sirena comenzó a sonar y todos se miraron las manos inmediatamente. Fue un segundo, nada más. Yo también miré mis manos, las comparé y vi que a una le faltaba algo. Era una mano extraña, una mano triste de cuatro dedos. Me parece que en realidad nunca había mirado bien mis manos hasta ese momento.

Los demás comenzaron a reír, creo que de alegría. Y yo también comencé a reírme, sin poder entender de qué. Pero, ahora que lo pienso, deben haber sido algo parecido a las risas, pero no risas.

Aguilera siempre es el primero en llegar a los dedos. Esta vez lo tomó como si fuera una piedra o una tuerca y me miró como si yo también fuera otra tuerca. Me sentí completamente en sus manos. Temí que comenzaran a jugar como con

el dedo de Ramón que anduvo volando entre nosotros hasta que nos cansamos de verlo girar por el aire.

Pero después pensé en Eusebio que, gracias a su dedito grasoso, se había comprado una camioneta y un lote en Villa Martelli. Y eso que no era un dedo importante. Con este dedo quizá me podría levantar la pared del fondo que da al sur con ladrillos para que no entre tanto frío y me quedaría hasta para comprar una moto azul.

Aguilera acomodó el dedo como si fuera un niño en una caja de cartón y los demás dejaron entonces de reírse o de lo que fuera. Y nos fuimos con Aguilera caminando callados hasta el puesto sanitario que está en la lomita, con el dedo sonando en la caja como una piedra roja o como un niño encerrado.

En el puesto lo cosieron y dijeron que quedaría duro y un poco celeste aunque yo lo veo cada vez más oscuro.

Por eso, señor, quisiera saber si lo mismo voy a tener aunque sea como para levantar la pared del fondo.

## Las maravillas del mundo

Me vine a San Juan por cuestiones de trabajo, era algo temporario. Adela se quedó atada a Buenos Aires. No había que preocuparse porque era cosa de uno o dos meses que fueron arrastrándose a tres o cuatro, se instalaron en el dolor de cinco o seis, en la resignación de siete u ocho, en la indiferencia de nueve o diez.

A Adela ya no le escribía y ella dejó de hacerlo.

Al ver mi colección de *Las maravillas del mundo*, coleccionable y coleccionada en ochenta fascículos perseguidos en las mañanas frías, con dinero robado a mis noches y a mis domingos, recordé que una tarde virgen en que Adela enroscaba mis rulos con dos deditos precisos, accedí a prestarle el número veintisiete de la colección. Ahora notaba su ausencia, en esa carpeta más flaca, sedienta del número veintisiete.

Todas las demás, con diez fascículos cada una, eran igualmente serenas, espigadas, inmutables a la mirada, orgullosas de su perfección geométrica; menos la tercera, la vergüenza de la colección que aullaba la ausencia con esa música visual que sólo conocen las enciclopedias.

Nadie puede saber lo que se siente al tener una colección de ochenta fascículos incompleta, nadie.

Siquiera hubieran faltado dos o tres números, sería más llevadera la imperfección, repartiría mi angustia en dos o en tres. Pero no, toda se agolpaba en el veintisiete.

Cuando alguien entraba en mi casa, intentaba disimular su ausencia, sonriendo, distrayendo la atención del visitante en el cuadro de Nuestro Señor Jesucristo o en la planta de rododendros, para que no notase la incuestionable agresividad de la carpeta tercera, hambrienta de maravillas.

A veces, cuando recibía noticias de las inundaciones en Buenos Aires, imaginaba a mi fascículo flotando en las aguas, bajando por las alcantarillas y luego reseco, con las hojas amarillas, onduladas por el sol o quizá dormido entre libros gordos que abusaban de su soledad.

La enciclopedia amputada pasó a ser sinónimo de lo que quiso ser y no fue. Llegué a creer firmemente que mis días tenían veintitrés horas, que siempre me faltaría una cucharada en el plato de sopa, un diente para la sonrisa, o un naipe para completar el mazo.

Pensé en escribirle a Adela y pedirle que me enviara ese número veintisiete. La imaginaba recogiendo mi carta, emocionada, subiendo las escaleras con el corazón estallándole y el sobre arrugado contra su pecho. Podía ver la expresión de sus ojos al leer mi pedido, su rostro desencajado y luego la veía rompiendo la carta y también el fascículo veintisiete en setenta y nueve pedacitos imposibles de reconocer. También la veía leyéndolo aburrida, tomándolo como rehén o acariciándolo y hasta acostándose con él porque era una parte de mí, como mis dedos, mi corazón o mis lágrimas.

Me dispuse a escribir esa carta, debía ser hábil y preciso si deseaba recibirlo en buen estado y así lograr, aunque sea una vez en la vida, completar algo y que fuera

perdurable. Que quedaran *Las maravillas del mundo* para mis futuros nietos que recordarían al abuelo como un hombre íntegro y homogéneo.

La correspondencia se envió. Los días transcurrieron mientras yo pasaba la mirada de los rododendros a Nuestro Señor Jesucristo, esquivando la biblioteca.

Interminables días de otoño, hasta que mi fascículo llegó. No podía creerlo. Había logrado finalizar algo, cerrar un ciclo, al menos así lo sentí en ese momento pero no había en el sobre ni una pequeña nota de Adela, ni una línea. Era un fascículo seco, mudo, cargado de historias secretas que nunca conocería. Un perfecto extraño entre *mis* maravillas del mundo.

No sé si era preferible la ausencia a ese intruso que debí cobijar en la carpeta tercera.

Por un instante dudé si era realmente mejor que mis días tuvieran veinticuatro horas, si quería llegar al final de mis sueños o si era más conveniente despertarse en medio de la noche y volver a empezar.

*Las maravillas del mundo* se habían completado y era demasiado tarde para arrepentirse.

## El aviso del diario

Caminaba solo. Los cubos grises me observaban por las ventanas. Una parva de hombres envueltos para regalo se movía automáticamente y un niño corría tras un billete que se volaba con el viento, ese viento sucio de formularios y cigarrillos que sopla por las mañanas.

Subí al piso veintinadie. Una puerta obesa, preñada de cerraduras me recibió inmóvil. Presioné el timbre y me avergoncé de semejante ruido. Tuve miedo, deseé poder ocultarme tras mi insignificante carpeta, ser una página más.

Una secretaria se asomó de mala gana. No hubiera querido interrumpir sus sagradas escrituras.

—Buenas, vengo por el aviso.

—Ah!, pase — dijo con sonidos fríos la mujer de lentes y después dejó caer algo como “en un momento el señor Galindez lo va a atender señor...?”

—Silva, Juan Bautista Silva.

Me senté en un sillón verde que se desinfló con mi peso. La secretaria desapareció detrás de un tabique estratégico.

Tomé una revista y luego otra y luego otra, seleccioné un único artículo leíble de las misceláneas y me dispuse a devorarlo para hacer la espera más amena. Leí sobre la desaparición de una raza de aborígenes de cráneo alargado y ángulo facial agudo. El periodista se despidió prometiendo más emociones en el próximo número.

Mi pantalón ya se resignaba a una impostergable invasión de arrugas. Mi corbata creció hasta convertirse en bufanda.

Nunca sabré por qué en estos lugares siempre hace calor, las ventanas están selladas y se ruega no fumar.

Los objetos van cobrando importancia con el tiempo, es un proceso lento, pero ese cenicero en que no nos habíamos fijado empieza a mostrar su personalidad verde, con sus colillas en los hombros, sus puntas amenazantes, su rigidez pétrea.

También ese pliegue de la cortina que parece el rostro de una mujer o una mariposa que nos mira.

La amable dama no vuelve, ni siquiera para decirme que falta poco, o que el pliegue de la cortina oficialmente parece un sombrero y no debe ser mal interpretada.

El polvo va posándose sobre mis zapatos, puedo imaginar al señor Galíndez hablando por teléfono, cortándose las uñas, viendo un partido de fútbol... Existen infinitos señores Galíndez, pero quizá ninguno de ellos sabe que lo espero o que existo.

El sol es arañado por la punta de los edificios. He probado cuatro o cinco posiciones diferentes pero el sillón se ha vuelto duro y pegajoso. Pienso en desaparecer, una fuga rápida, me preocupa la secretaria, no quisiera que me descubra saliendo:

—Señor Silva... Señor Silva... ¿adónde va? Dice el señor Galíndez que pase...  
— diría ella.

—Yo... estaba... sí... voy...

Sería una jugada demasiado peligrosa. Tendría que buscar una buena razón para irme. La dignidad, el amor propio, podrían ser plausibles. Mi tiempo es tan valioso como el del señor Galíndez y no estoy dispuesto a perder un minuto más. Sería un buen argumento, pero la puerta de entrada se abrió lentamente, como una flor, y una señora gorda se asomó ridículamente entre sus pétalos.

—¿Aquí es La Foresta *ese erre ele*? - me preguntó con voz aguda, una voz que no podía provenir de ese cuerpo.

—Sí, yo también vengo por el aviso — aclaré para no ser confundido con un empleado y evitar así las preguntas clásicas. De todas maneras arriesgó un “¿... y hay que esperar?”

—Parece que sí, a un señor Galíndez — respondí.

—Ah!... dejó escapar con un silbido casi asmático la gorda. Las escaleras habían hecho su trabajo y una gota clara redonda se balanceaba en su barbilla. Pasó con confianza y se sentó enfrente de mí.

Ahora la situación se había complicado. En caso de huida la gorda atestiguaría que me fui, quedaría su testimonio retumbando en las paredes. Ya no podía desaparecer como un fantasma, como una alucinación de la secretaria, como si nunca hubiera llegado.

Miraba a la gorda seguro de mí mismo, con esa experiencia que dan treinta y cinco minutos de espera. Ya el cenicero verde y el pliegue de la cortina no tenían secretos para mí, podría explicarle con detalles qué representaban o qué podrían llegar a representar, cosas que ella ni siquiera se atreve aún a imaginar.

Podría hablarle de los aborígenes de cráneo alargado encerrados en la revista o de cómo el sol se fue incrustando en los edificios. La sala no me esconde misterios, cada color, cada forma es explorada por la gorda mientras yo me detengo en los cambios imperceptibles para ella: una pelusa debajo del sillón, una sombra que se ha alargado...

Su carpeta es más robusta que la mía. Creo que por eso la odio y ella me odia porque yo llegué primero. Es un odio suave, silencioso, efímero. Pero el tiempo es milagroso, media hora así nos hace olvidar y perdonar lo imperdonable o unir lo que parecía irremediablemente disgregado. Ahora con la gorda somos hermanos, aunque no hemos intercambiado una palabra somos hermanos de espera. Hemos recorrido juntos el cenicero, los pliegues de la cortina, el artículo sobre los aborígenes de cráneo alargado, sentimos el mismo calor, sufrimos el mismo sillón, la misma angustia. Se llama Estela o debería llamarse así. La he bautizado Estela y no interesa ni quiero saber qué nombre dice su documento.

La secretaria vuelve apresurada como si hubiese dejado la comida en el horno. Nos pide disculpas, nos indica que el señor Galindez ha debido retirarse en forma urgente, que mañana nos podría atender. Con Estela nos miramos, no tenemos consuelo, se nos ha roto el lazo de unión, ya nada tiene sentido. Nos retiramos lentamente y al mirar atrás sentimos que dejamos el hogar que nos traiciona, hasta el cenicero ahora sólo parece una roca incolora y brutal y la cortina, los pliegues de nuestra cortina, parecen una mano abierta que se desangra.

Nos despedimos con Estela, como si nos conociéramos de toda la vida. Juramos

volver, fieles eternamente al señor Galíndez, y me alejo, sabiendo que mañana la habré olvidado y no tendré fuerzas para regresar.

## La persecución de un sueño

Ahí estaba, como siempre, exprimiendo la inevitable esquina de Aberastain y Pedro Echagüe hasta la última hora. Acompañando al semáforo en esas noches en que nos quedamos solos y nos ponemos amarillos o indiferentes hasta el hartazgo.

A veces, los ojos claros de un auto parecían atragantarse con el vapor del asfalto. Era cuando la sangre se me hacía agua de pájaros y la nebulosa de grises salvajes, que nunca alcanzaba la categoría de sueño, se disipaba y me miraba inalcanzable.

Entonces corría para ladrarle a las ruedas, aunque bien podrían haber sido las puertas o el caño de escape. Yo elegí las ruedas desde cachorro y a ellas les gritaba baldes de ojos abiertos y cachetadas de piano desafinado que enmudecían de caucho y terminaban rodando entre las frenadas, allí donde se aplastan las palabras.

La carrera desesperada, hacer que se vea natural, improvisada, es algo que no se puede enseñar; son cosas que uno ya sabe solo.

Así es nuestro intento de que el conductor despierte de su evasión lastimera, hinchada de serpientes bursátiles y ratones impositivos, de traerlo aquí, al ras del suelo, para que nos mire, para que sepa que existimos, porque eso de andar pensando siempre en el oro o el dólar debe ser pecado o al menos ilegal.

Me considero un clásico, conservador, purista del viejo estilo: pique corto y sincero a la rueda delantera, ladrido agudo que taladra hasta la ventanilla más hermética, riesgo calculado pero legítimo, como el trapecista profesional que confía en la red.

Aun así, si sus ojos siguen ausentes, como prendidos de un horizonte venerable, no queda más que insistir con la rueda de atrás y, más aún, cuando el polvo se esfuerza en seguir colgado de la lengua, le regalo los ladridos finales al retrovisor de las últimas miradas. Y todo casi por nada, por una ilusión remota que nunca supo dar frutos.

Yo cumplo mi parte con responsabilidad, ocho horas diarias, sin saltarme ni un ciclista. Los corro a todos -y no menos de treinta metros- que es lo mínimo que uno puede hacer si tiene un poco de amor propio.

Pero los universos están plagados de esperanzas dormidas que nadie se ocupa de despertar, y después, como los regalos pasados de fecha, se van ajando, absorbiendo el papel y el moño hasta quedar asfixiados en su propio jugo y, al abrirlos, resultan insoportables.

Ya van muchos ausentes o apasionados que, creyendo haber hecho realidad su sueño, terminaron con una pata colgando, incapaces de asir tanto peso y, así y todo, juran que valió la pena, drogados de dolor y de pesadillas fugaces, como chispazos de soles incompletos.

He seguido alimentando la esperanza de cucha, de jardín y de caricia tibia en la cabeza, manteniéndola viva como si en ello me fuera la vida, aunque sé que ya las casas perdieron sus jardines. En algún juego macabro las mutilaron dejándoles un patiecito insalubre de sombra y cemento.

Ya estoy viejo y no hay ojos que me soporten, por eso decidí tomar lo que anhele de un trago, a lo guapo.

Cuando se acercó el último vehículo, me senté a esperarlo en el medio de la calle, cansado de tanto circo, de tantas horas. Esta vez iba a actuar sin red.

No intenté resistirme al encandilamiento de sus faros que, mientras más se acercaban, más se oxidaban de vida. Si hasta parece que me emborrachaba de luz y me quedé entre ausente y feliz, esperando la muerte o un milagro.

El auto frenó de golpe, patinó, casi abrazó al semáforo. Después la puerta se abrió, como un túnel suave de pana y algodón. Era lo más parecido al cielo que había conocido. Simplemente salté al interior convencido de que era un sueño o de que sería arrojado al pavimento. El hombre sentado al volante sonrió, tal vez porque era anciano como yo y unas lágrimas se asomaron a mis ojos. ¡Cuántas veces había soñado este momento! La puerta del automóvil finalmente se cerró, pero conmigo del lado de adentro.

## LOS dibujos

Deberíamos probar otra vez, dijeron, y le acercaron unos papeles casi amarillos de tan blancos y unos lápices de colores como nunca había visto en su vida. Eran lápices delgadísimos, se asomaban a la boca de una caja que tenía una pintura de París y unos hombres con sombreros de copa y unos pájaros que nunca podrían haber estado en París o, al menos, nunca en esa caja.

Él ya había dibujado más de una montaña de padres pero habían sido padres de lápiz negro y sin punta, madres mordidas, borrosas, desprolijas y, lógicamente, se había acostumbrado a la extraña fascinación que producían las figuras cada vez que salían de sus manos.

Pronto descubrió el mecanismo: mientras menos se parecieran a unos padres, mejor. La gente los miraba durante horas, los ponía boca abajo o a trasluz, como a radiografías, medía la distancia entre las figuras, hacían anotaciones, comentaban en voz baja, pero, sobre todo, sonreían hablándole entre dientes en una grotesca mezcla de payaso y madre.

Después venían por fin los caramelos, dulces pero duros, y todo gracias a un padre sin cabeza o a una madre con unas pestañas que le llegaban hasta la cintura.

Así también conoció el circo, el parque de diversiones, la heladería *Marsella* y el chicle globo.

Pero se volvió ambicioso y zahorí, quería más. Pensó que esos lápices, como flechas mágicas eran la oportunidad de su vida. En su última sesión dibujó padres obstinadamente azules y distanciados, les hizo geniales pestañas de lobo y carmín, copió furtivamente los pájaros de la caja para que mamá cabalgara sobre ellos, para que papá de una vez pudiera sobrevolar las prohibidas puertas del cementerio.

Los psicólogos hicieron pasar a la madre, le explicaron que el niño estaba pasando por un período de crisis, que distorsionaba frenéticamente la realidad y de esa manera expresaba su angustia. La mujer obstinadamente azul se despidió lo más amablemente que pudo, las pestañas de carmín que le cubrían casi completamente el rostro le ayudaron al niño a sostenerse cuando partieron raudamente a bordo de un lápiz amarillo.

## Siesta silenciosa

A Juan se le escapaba la pala de las manos insensibles y buscó refugio junto a Pedro. La sombra que le robaban a un paraíso les hacía compartir el silencio, pero ese silencio sonoro de los que no necesitan hablarse porque se conocen de tal manera que conversan con gestos. Antes de que Juan hiciera una pregunta Pedro ya la conocía, y antes de que Pedro la respondiera Juan ya sabía la respuesta.

En este diálogo de locos, Juan le preguntó a Pedro, sólo con una mirada, si estaba de acuerdo en soñar juntos con mejores circunstancias y con placeres terrenales (quizá no exactamente con estas palabras). Pedro, por supuesto, no necesitó contestarle.

Inmediatamente se adelantó por su cuenta y comenzó imaginando un vino blanco helado que se desbordaba entre sus labios los que, tanto en sueños como en verdad, empezaron a abrirse y cerrarse torpemente mientras entrecerraba los ojos.

Juan, algo asfixiado por el calor, decidió incluirse en las visiones de Pedro y, desesperado, le arrebató la botella de las manos.

Pedro enfurecido le dio un golpe que lo dejó besando las raíces del paraíso.

Desde entonces algunos en la cuadrilla dicen que Pedro es violento y pendenciero sin motivo porque todavía no encontraron la botella que le quitó a Juan. Son los mismos que piensan que ellos siguen peleados sólo por el hecho de que no se dirigen la palabra.

## Marito

Nadie puede afirmar, por ejemplo, haberlo visto en una reunión o en un parque. La verdad es que haría falta hablar de sus manos, pero es mejor distraerse un poco, recostarse contra la pared y olvidarse de la primera impresión. Incluso, parece que a duras penas la cabeza hubiera podido treparse hasta los hombros para quedarse allí combatiendo con el cabello y las arrugas.

Fue un error invitarlo a la cena, pero se le ocurrió a Pablo. Estábamos inaugurando la cancha y el césped tenía una virginidad mentirosa, no habíamos podido resistir su llamado verde y esa misma noche, delante de todos, lo habíamos estrenado. Queríamos caernos, ensuciarnos las rodillas, amar su rocío terco y persistente como entonces, cuando no sentíamos los moretones y la taza de chocolate caliente irremediadamente se enfriaba de impaciencia.

No debimos invitar a Marito, se lo dije a Pablo, pero Pablo es caprichoso e ingenuo como el amanecer y tiene una flauta aguda en la garganta que convence de tanto soplar historias.

La pelota la trajo Roberto, él había sido el encargado de engrasarla y custodiarla. Era una pelota como cualquier otra pero nosotros le atribuíamos poderes mágicos, de otra manera hubiera sido inexplicable que rebotara de esa manera, que su piel efímera resistiera los arañazos de las espinas y de los años.

No pudimos traer la avenida ni el odio de Doña Celestina, los más tenaces

depredadores de nuestra pelota, pero de todas formas el paisaje era casi el mismo. Éramos otra vez diez niños, aunque el bosque que nace detrás del arco ya no nos asustaba tanto.

Me cuesta imaginar cómo habrían sido las cosas de no haber venido Mario, hubiéramos jugado y regurgitado el asado, sí, y hubiéramos tenido once años o doce, por un rato, a fin de cuentas a eso habíamos venido.

Marito era tres años menor que los demás y nos miraba desde el borde de la cancha como hipnotizado, sabiendo que no lo dejaríamos jugar porque era más torpe o porque en el fondo nos gustaba verlo sufrir. Recuerdo que a veces corríamos y lo dejábamos solo en el baldío para que llorara porque su llanto nos alimentaba, nos hacía fuertes o lo obligábamos a traer la pelota cuando la noche se la llevaba lejos y ninguno de nosotros se atrevía a cruzar el alambrado de Doña Celestina.

Nunca nos dimos cuenta de cuánto necesitábamos a Marito. Sé que Pablo lo golpeó una vez en el rostro, Roberto también lo hizo, y yo me reí de su nariz sangrante. Era una nariz hermosa y dulce, creo que por eso la golpeamos varias veces. Entonces nos convertíamos en la encarnación del pánico, y los pómulos encendidos de Mario se alimentaban de barro y terror. Pero Marito, seguía viniendo hasta el borde de la cancha, creo que de alguna forma también nos necesitaba.

La pelota picó dos o tres veces y se perdió enloquecida detrás del arco. El Bebe Araujo era un muchachito huesudo que ahora tenía un vientre prominente y jamás hubiera alcanzado aquel disparo de Pablo. Mario otra vez observaba desde atrás

del arco, cuando llegó lo invitamos a jugar, casi le rogamos que lo hiciera, tenía una cicatriz que le cruzaba el mentón, sus ojos imbéciles no habían cambiado, pero nosotros sí, no soportábamos su mirada que ni siquiera nos reprochaba lo crueles que habíamos sido de niños. Ahora éramos perfectamente normales, teníamos familias ejemplares y asistíamos a la iglesia los domingos, y todo gracias a Marito, a su tartamudez y a su dulce nariz que nos ayudó tanto a crecer.

Si tan sólo hubiera aceptado jugar ahora con nosotros..., si hubiera pateado la pelota una sola vez. Pero fue corriendo a buscarla, con ese trotecito pastoso que puede enloquecer a cualquiera. Roberto fue el primero, el Bebe Araujo lo tomó por la espalda y Roberto le partió la nariz de un golpe, después le siguió Pablo y una jalea espesa y pegajosa nos salpicó a todos. Lo dejamos allí tirado; decidimos olvidarlo porque esas cosas, aunque usted no crea, desaparecen, no se borran del todo, pero quedan fácilmente excluidas del pensamiento, y las manchas de sangre siempre pueden encontrar una explicación. Por supuesto, la pelota la guardó Roberto, para la próxima vez.

## A veces los jueves

Esto sucede en la mañana, casi siempre los jueves, cuando el despertador se aburre o se desespera y uno le regala un manotazo antipático antes de abrir los ojos. Y es que uno ha venido siendo Abel o Pedro toda la semana, incluso el jueves pasado y ha estado disfrazándose de uno mismo cada mañana. Entonces, precisamente este jueves, uno no sabe bien por qué, pero no quiere verse en el espejo, esquiva su imagen en la superficie del té y hasta en la foto del carné de la obra social porque sabe que ocurrió, que volvió a suceder.

Abel, que ya está acostumbrado a la nada en casi todas sus formas, se siente puro como una página en blanco. Por algún lugar tengo que estar, dice, si aquí mismo estaba ayer, sobre la repisa. Se peina sin mirarse en el botiquín del baño, improvisando una ubicación para la raya. Sale, toma el treinta y nueve y se baja en Laprida y Mendoza. Silba un tango que no conoce, está casi eufórico, como quien renuncia a algo.

Antes de entrar en la oficina se ajusta la corbata y saluda a la señorita de lentes con un beso, sabiendo con certeza que Abel le habría dado la mano.

La letra es liviana y fluída, pero hay que firmar también, entonces decide pedir un cortado y llevarse la lapicera a la boca antes de seguir. Piensa qué habrá sido del pelotudo de Abel, en dónde estará ahora mismo, seguramente escondiéndose de la vida debajo de alguna mesa, pero se detiene en las piernas firmes de Alejandra que no conocen los ascensores ni la lycra.

Ella invade la sala en un prelude repetido de agua colonia y almendras, pero ambos han aprendido a matar los pensamientos cuando son débiles e indefensos, por eso Alejandra se inclina sobre el escritorio compartiendo el desborde oceánico de sus senos en un deporte perverso que practica desde hace años. Tiene un mechón que le recorre la frente y se descuelga sobre los ojos como una cascada negra e imprecisa. Ha dejado la mano abierta como un relámpago de piel dormida sobre la palidez de los formularios, para que él no la tome, porque este oficio de esperar los ha dejado exhaustos. La ventana dibuja un rayo de luz crudo y caliente que los separa.

Es cuando Abel comienza a sospechar lo lejos que está aquella mano nueva y dulce. Decírselo, como si buscara un aletazo en el rostro, sería una bocanada insoportable de angustia y la incertidumbre de descubrimientos tan impredecibles como el fuego. La vida se le vendría galopando enloquecida y Abel ya está demasiado muerto o demasiado acostumbrado a ser Abel todos los días.

Por eso retira la mano y odia un poco al espejo y otro poco a la mañana y al treinta y nueve, porque alguien debe tener la culpa de que esto ocurra.

Después se quita la lapicera de la boca y firma.

Entonces uno ya no necesita mirar el reloj, en ese momento sabe lo difícil que será ser Abel o Pedro lo que queda de la semana o al menos hasta el próximo jueves, si es que vuelve a suceder.

## Maldita ráfaga

No me molesta que el viento sople tan seguido y hasta soporto que silbe cuando atropella los barrotes de la ventana, pero lo que no tolero es que mienta porque cuando el viento miente me tengo que levantar y decirle las cosas como son porque hay algunas que no se le pueden dejar pasar.

Primero le aclaro que a Carolina yo no la llamo, que ella viene sola, que llega antes que mi mujer. Después se pone a silbar para no escucharme cuando le digo que Luisa lo sabe y no le importa. Es cierto que con ella nunca lo hablamos así, de frente, pero si nunca se quejó es porque lo acepta. Hasta se ríe mientras sus piernas no son las de ella y se pone tan Carolina que asusta.

Si Luisa se fuera por la ventana no podría estar tan ausente como en ese momento, pero más tarde parece que el amor tiene necesidad de mostrarse meritorio y deja caer unas gotas de Luisa sobre la piel fugitiva de Carolina.

Hay un poco de complicidad del techo y de las cortinas que, como las buenas brujas, no se sabe para quién trabajan. En unos segundos ya Luisa ha inundado toda la cama con Luisa, derrama su cuerpo pulposo y gigante sobre las sábanas. Carolina se ha ido o se ha convertido en mariposa o en polen prisionero de un túnel de luz.

Al día siguiente, en la oficina, la pobre no sabe o no recuerda nada y maneja la *Olivetti* y sus manos y la resma *Ledesma* con su natural carolinidad.

Le explico al viento que las cosas están bien así y, aunque a veces parezca como que éramos muchos en la cama, en el fondo uno siempre está solo. Lo digo porque cuando vino el otro, el intruso, nuestra soledad aumentó.

Nunca supe si lo trajo Luisa o Carolina y nunca odié tanto a un hombre. Ese tipo nunca debería haber nacido si lo único que sabe hacer es traer soledad y más soledad.

La noche comenzó como todas las noches en que va a pasar algo, serena. Carolina estaba como siempre, toda enluisada y muy *Marlboro* entre los dedos. Apagué la luz para que pudiera desenluisarse con tranquilidad y apareció ese desgraciado. Fue una lucha feroz. Lo mordí hasta sangrar pero, una vez derribado, el forcejeo se hizo dócil y entrecortado. Su pecho subía y bajaba como la proa de una fragata nueva, tan prisionero... tan furia quieta entre mis manos...

Por eso me tengo que levantar y decirle al viento que no mienta, que al intruso yo no lo traigo, que no lo llamo, que no quiero verlo más ahí y cuando sigue soplándome al oído le cierro la ventana en el rostro, para que se vaya de una vez, para que me deje tranquilo, para que se calle.

## Pa' qué

Ya sé lo que usted está pensando, ya sé, qui hay que escuchar las dos campanas, pero le juro qui es como se lo cuento. Veinte años así, veinte, laburando todo el día como un perro. A las seis me livanto, tuavía es de noche y me voy patiendo o en la bici sin hacer ruido, mire si seré boludo, y ella se queda durmiendo como un tronco. Tuavía le doy un beso, no sé pa' qué si ni se entera, pero lo mesmo se lo doy y mi voy a lo Guirado. Vaya a saber cuántas gamelas o cilindros diajo son los qui me hago y llego medio dismayao cuando ya casi ni se ve y la incuentro a la Carmela viendo la novela y las camas sin hacer y ni un plato e comida mi tiene, ¿qué le parece? ¿Pa' qué uno se rompe el lomo laburando, me quiere decir?

Nooo, si mi madre me dijo ¡Cuánta razón tenía la vieja! esa gringuita no te conviene, es de las que hacen la maña todo el santo día. Pa' llevar una casa adelante hay que arrimangarse, y a ésa no le veo uñas de guitarrero.

Pero a mí que me gustaba la María que era una güena mujer y liandaba rastrando el ala, me agarró como una posición; la vi pasar a la Carmela, me ricuerdo, y me volví como loco y ella apenas si me miraba. ¡Qué linda que era la Carmela toda dispeinada! Risueña como una flor. Al canal la llevé y tiramos piedritas al agua porque no nos animábamos a decirnos nada. Tenía la boca hambrienta, me ricuerdo, y las piernas duras, nuevas, arquiadadas.

Dispués nació el Florencio, creo que nunca tuvo el pelo limpio esa creatura y el

Nicanor, y el Romualdo. Ya vivíamos en el campito, cerca de la aguada. La Carmela no quería tener más críos ¡Mire usted qué virgüenza! Si hay que tener los que Dios mande y buscar aunque sea una chancletita pa' que alegre la casa. Pero la Carmela se empacó y no quería saber nada. Creo que ahí me empecé a morir un poco. La Carmela me richazaba. Decía que estaba gordo ¿y ella? acaso ella no se había puesto hecha una chancha, y yo igual la buscaba...

Y me fui muriendo nomás, diapoco agonizaba porque nunca hi sido güeno pa lagrimiar y lloraba pa' dentro di ver el rancho tan vacío, porque los críos, apenas cricieron, cada uno se jue pa' su lado. Y como con la Carmela no nos decimos palabra, apenas unos relinchos mi hace, como una yegua pa' que mi aparte, me fui muriendo despacio.

Y dígame si es que puede, compadre, pa' qué. ¿Pa' qué lo mesmo la sigo besando cuando me livanto y me voy a lo Guirado? Dígame compadre, pa' qué.

## Diana

Nunca imaginé que una mujer pudiera llamarse Diana. Pensaba que todas las Dianas eran niñas y, con el tiempo, el nombre les iba cambiando hasta terminar llamándose Concepción, por ejemplo.

Si se pudieran coleccionar secretarias ella sería la pieza más valiosa aunque, por su culpa, me veo obligado a escribir esto bajo una luz furtiva y a tomar *Nescafé* tibio a medianoche, cuando hasta los relojes parecen dormir y es necesario mirarlos cada tanto para asegurarse de que avanzan.

Había probado etiquetarla de eficiente, pero estaba muy lejos de que ese adjetivo me trajera satisfacciones y, sobre todo, esa paz de domingo que necesito llevar en mis hombros.

Al principio me preguntaba cómo se las arreglaba para ir de un cristal a otro sin pasar por el puente de mis anteojos o cómo sabía quedarse prisionera en el armazón de nácar, como atrapada por las burbujas de vidrio. Era cuando la máquina de escribir le resultaba insuficiente para escudarse e incluía floreros y libros en donde todavía se agazapaba asomando apenas un mechón rojizo e intermitente que ardía como una sucesión de fósforos en la oscuridad.

Diana puede ser hábil en la redacción de cartas, pero no sabe abrir los sobres de la correspondencia, la ponen nerviosa y mucho más cuando de ellos nacen esos niños de papel asustados que no sabe arrullar.

Una mañana de febrero ocurrió aquello. Yo había llegado más temprano que de costumbre y me había dejado tentar por las cortinas, por ese filtro que me hacía quedar en su cuerpo naranja y ondulado, estar cerca y a la vez lejos. Entonces supe de Diana navegando por mis cajones, despacio, saboreando cada descubrimiento, tocando las fotografías como si confirmara con los dedos lo que sospechaba con los ojos. No sabía desde cuándo practicaba este ritual pero desde aquella vez comencé a dejar papeles, libros, retratos con un orden cuidadoso, como piezas de un rompecabezas para que fuera armando una vida, como yo también iba construyendo la de ella a partir de su cartera. Supe que pasaba los veranos en Córdoba con su madre, que no tenía hijos y que usaba crema Ponds, que los sábados hacía yoga, de blanco, descalza y era cuando, seguramente, el mechón rojizo podía deshacerse en una hoguera de chispas sobre sus hombros. Así parecía que burlábamos el silencio que nos envolvía. Aprendimos a comunicarnos, pero sobre todo, descubrí la manera de guardar las emociones en los bolsillos de los sacos, para que tomaran aire en sus manos.

Era natural tomar un lápiz de labios y percibir cuántas veces había pasado por su boca, a qué horas y cómo se había quedado jugando en el espejo, como una niña, probándose diferentes sonrisas, y ya no había manera de distinguir lo que realmente había sucedido de lo que yo inventaba. El lápiz labial estaba ahí, gastado, entre mis manos ¿qué otras pruebas necesitaba para saber de su rostro en el espejo?

Sentía su presencia detrás de la puerta, cerrando cajones, hundiendo sus uñas

en mis bolsillos, palpando las monedas y casi encontrándonos los ojos en las cerraduras.

A las vidas abnegadas y exageradamente prolijas que alguna vez intentó inventar se las tragaba la verdad que no dejaba nada a su paso, que se tendía al sol exponiendo cada secreto hasta incinerarlo, hasta descubrir mucho más de lo que debía. Leer su cartera era como leer su mano, decía que seguramente nunca tendría hijos, quizá porque Diana había nacido para ser una niña eternamente. Había crecido así, como el juego de las escondidas, entre lo inocente y lo eterno, probándose almohadones en el vientre y manos en la espalda. Quizá influyó algún defecto en la curvatura de mis cristales que me hacían ver todo más ancho a la altura de las cabezas para angostarse, de golpe, al llegar a las caderas, por eso la percibía ingeniosa y virginal, por sus piernas como alas atadas entre sí, por su cintura estrangulada de impaciencia y su sonrisa atada a las orejas.

Un niño rubio, uno solo, como los de mis retratos, pedía a gritos su estampita de Santa Rita y su calendario agonizante pero todavía marcado. Un recién nacido que durmiera entre sus pliegues de caracola, de pesebre tibio. Me pregunté si me arrepentiría y me contesté que no, porque era lo que ambos queríamos escuchar.

Esa noche, después de cerrar, su cabello fue suave y terco. Sus manos de alondra alzaron vuelo sobre mi pecho. Estoy haciendo una obra de bien, una porquería, pensé. Al terminar, con todo cuidado retiré mis manos de su cintura, tambaleante.

—Esos niños, los del retrato, son mis sobrinos -le dije.

—Ya lo sé -afirmó ella y reía.

## El homenaje

Esa tarde de lluvia había que rendir homenaje porque era el aniversario y, como todos los años, Marcos tomaba el discurso del año pasado y lo repetía cambiando la fecha. Suponíamos que nadie lo notaba pero, en el fondo, Marcos temía que alguien se diera cuenta. Se le notaba en la manera en que cambiaba la entonación, esta sí variaba desesperadamente. La vez anterior elevó el tono en la parte de la amistad y de la vida ejemplar, que ahora leía en un susurro casi inaudible, para gritar al llegar a la moral y a la ética.

Todos hacíamos un gran círculo bañado de gotas transparentes. La lluvia ayudaba a mojar los ojos y las mejillas creando nuevas caras de dolor arrancadas del cielo mismo.

Mirábamos la hora y así, el discurso parecía cada año más largo. Cuando Marcos terminaba llegaba el momento de preguntar por Abel que, este año, tampoco había asistido.

Eran preguntas calculadas que terminaban en el clásico "no habrá podido venir". Esta conclusión recorría los labios y las caras lo traducían. Por dentro de cada uno Abel dormía, veía televisión o hasta hacía el amor lejos de la lluvia, pero habíamos convenido crearle un inconveniente insalvable y, así, Abel sería más nuestro y podríamos preguntar por él el año que viene.

Después preguntamos por Gabriel, a esta altura la lluvia se hizo más intensa, era

la primera vez que faltaba. Tampoco habría podido venir. Errores que, a la larga, se pagan. Pero era distinto, a Gabriel lo esperamos hasta el último minuto, era aún recuperable. A él lo imaginaríamos con una rueda pinchada, al costado de una ruta mojada, preocupado por no estar aquí, por nuestras preguntas exactas y nuestras respuestas filosas.

Después elogiamos el discurso de Marcos, la palidez del bronce, y él puso cara de agradecido. Es posible que, en ese instante, pensara que nos habíamos dado cuenta, del discurso, digo; o, quizá, ya el año pasado lo sospechara.

Entonces ocurrió algo inesperado, insoportable: decidimos, todos juntos, darnos cuenta de las repeticiones de Marcos. Todos al mismo tiempo. Esta simultaneidad parecía ser lo grave. Nos adivinamos colorados pero aprovechamos este color para pintar la furia callada por la abrupta decepción que nos había ocasionado Marcos. La lluvia, a estas alturas, era caliente, quemaba.

Nadie rompió el círculo. Alguien debería preparar el discurso el año que viene, otro. Los ojos desesperados rehuían las miradas.

Se optó por la solución única. Para Gabriel -se sabe- será un honor encargarse del discurso el año entrante. Entonces, también preguntaremos por Abel, como siempre, y también por Marcos, aunque los sepamos rígidos detrás del bronce, los imaginaremos durmiendo, viendo televisión o haciendo el amor, lejos de la lluvia, quién sabe.

## Sobre el tejado

En mis intentos de imaginarlos, los ángeles se me revelan como niños despeinados; esto, para mí, es inevitable ya que, de lo contrario, debería obligatoriamente imaginarlos también con sus peines frente a espejos y tal idea me resulta inconcebible.

Esteban, en cambio, tenía un pelo dócil, reprimido, casi podía ver un peine autoritario abalanzándose sobre su cabeza. Yo trataba incesantemente de descubrir al otro Esteban, al que yo conocía, al niño de pantalones cortos con quién robábamos ciruelas. Mantenía aún ese tono de voz que hacía imposible escucharlo sin ponerse a pensar en otra cosa, tal vez años atrás hubiera exigido mi atención, ahora podía mantener viva la conversación solamente con el movimiento de mis cejas y algún que otro cabeceo, con eso le alcanzaba.

Disfrazado de ejecutivo, detrás de un sobrio café, se veía ridículo, como una caricatura del Esteban de las rodillas sucias. Creo que por eso sentí la necesidad de interrumpirlo y le dije:

—¿Has vuelto a ver a Don Antonio?

—Sí, vive por Alberdi, pasando el cementerio -aseguró.

Don Antonio era como uno de esos árboles de barrio que parecen enraizarse en las veredas y hasta diría que cambiaba de color con las estaciones. Cuando éramos niños él ya era viejo, solterón, y así se fue quedando, como atrapado en

el tiempo mientras a mí se me estiraban los huesos de tal manera que nunca alcanzaba a acostumbrarme al nuevo tamaño que adquirirían. Solía tropezar con ramas, escalones y objetos inimaginables, insólitos, arteros.

Don Antonio se veía serio pero por dentro reía cuando yo pasaba dando zancadas ciegas que no sabían elegir tierra firme para avanzar.

Su recuerdo se envuelve con el de Hilda. En esos tiempos en que las tardes eran más largas y el sol parecía resistirse a ser devorado por el horizonte, los últimos rayos dejaban un sabor a batalla perdida en los labios que no se iba hasta el amanecer, pero era entonces cuando podía subir al tejado de casa para esperar el sueño de Hilda.

A veces tardaba en ocurrir, pero cuando se iba a dormir, Hilda se desvestía frente al espejo, y esos tres minutos en que podía observarla por su ventana eran la razón más importante de mi existencia. Después sólo quedaba rogar que la noche fuera breve y el día no trajera nuevos destrozos provocados por la insensatez de mi esqueleto.

Nunca admití que la piel de Hilda ya tenía cierta flaccidez insinuada en el temblor pausado de su carne. Podía tener las cortinas cerradas pero ni siquiera ese insulto del invierno y de las sombras lograba hacerme descender antes de ver extinguirse al último resplandor. Otras veces era premiado con un seno claro, como una luna recostada sobre el cielo cereza de sus sábanas. Fluía entonces una emoción que se aproximaba a la lágrima pero que se materializaba en promesas de fidelidad a ese techo bordado de gatos y de vientos.

Una noche en que me encontraba, como siempre, con los ojos colgados del alféizar, una mancha se recostó sobre la penumbra. El lamento de una cornisa se bebió un sorbo de estrellas y el vientre redondo de Don Antonio emergió por detrás del tanque de agua de los Gutiérrez, esperando también, evidentemente, los tres minutos de Hilda.

Quedé rígido, goteando hielos apresurados de sal y recién pude pensar cuando la oscuridad ya se había tragado el perfil intermitente de Don Antonio.

Hay descubrimientos que traen aparejados sabores y hasta colores, aquel momento quedó en mi memoria dulce y azul, con aroma a eucalipto y a menta, los pulmones hinchados y la garganta abierta. Posiblemente por la sensación de poder que me daba conocer los secretos movimientos de Don Antonio.

Recuerdo que, cuando andábamos por aquellas alturas nos ignorábamos, sabiendo perfectamente que el otro estaba allí, pero era distinto, lo mío era una travesura, me decía a mí mismo, lo de él era casi perverso, así quedaba establecido en las leyes de los techos que yo creí dominar. Y quizá porque los techos son una especie de límite entre lo celestial y lo humano, yo me sentía un poco ángel, algo así como la conciencia de Don Antonio que, desde entonces, cada vez que me veía, en tierra firme digo, miraba para otro lado, daba la impresión de que siempre necesitaba aferrarse de algo, aunque entre nosotros hubiera nacido un tácito pacto de silencio.

Una noche hice partícipe de mi descubrimiento a Esteban que, lógicamente, se interesó mucho más por la esperanzadora ventana de Hilda que por la resoplante

camiseta de Don Antonio. Es difícil explicar por qué traicioné a Don Antonio rompiendo ese pacto secreto, supongo que necesitaba la admiración de Esteban, o respirar ese aroma cruel a eucaliptos.

Ahora estaba aquí cerca, por Alberdi, pasando el cementerio. Sentía un deseo incomprensible de ver si todavía persistían en su memoria aquellas noches sobre el tejado con estrellas clavadas en la espalda, si aún se sentía traicionado, con el silencio coronando su frente, como un susurro de espinas, y los ojos aferrados a esos infinitos abismos.

—Vamos a ver si está -le dije a Esteban y él me miró un poco sorprendido.

—¿Ahora? -preguntó como haciendo hincapié en lo sorprendido que estaba.

—Sí, ahora -respondí lo más naturalmente que pude.

—Bueno, vamos -dijo después de una pausa, como si no hubiera logrado encontrar ninguna objeción.

Partimos rumbo a la avenida. En el camino la conversación con Esteban resultaba demasiado forzada, casi éramos dos extraños, él también lo notaba y buscaba a tientas entre los recuerdos comunes. Cuando encontraba alguno, lo sacaba a flote y lo condimentaba para hacerlo más sabroso:

-¿Y cuando te mordió el perro grandote ése que no sabíamos si tenía rabia, te acordás? -y esperaba ilusionado mi reacción. Yo abandonaba mentalmente el techo para ubicarme unos instantes entre los dientes de un ovejero alemán y así poder contestarle, luego subía nuevamente al tejado y me preguntaba si realmente teníamos tanto de ángel. Después de todo ya no éramos tan niños.

La calle Alberdi quedaba lo bastante lejos como para comprender que resulta imposible mantener una amistad a fuerza de recuerdos, como también resultaba utópico intentar hacerse a la idea de que Don Antonio ya no tuviera sus raíces en la ancha avenida Hipólito Yrigoyen, que hubiera podido ser transplantado a la lejana Alberdi y aún así hubiera sobrevivido.

Pude reconocerlo desde lejos. Es cierto que Don Antonio siempre fue viejo, pero el tiempo se había desbocado dejando su cuerpo con la lastimera apariencia de un globo desinflado y con esa expresión en el rostro que tienen los santos en los óleos de algunas iglesias.

Sinceramente no sé qué nos dijimos. Es probable que no nos hayamos dicho nada. Por el pasillo, en el fondo, podía verse barriando a la anciana encorvada que parecía ser su esposa. Era Hilda, otra víctima del tiempo.

Creo que Don Antonio estaba mucho más allá del insignificante tanque de agua de los Gutiérrez. En sus ojos perdidos había una eternidad.

Me preguntaba si Hilda sabría de aquellas noches de verano, si Don Antonio también me habría traicionado. Ella ya no tenía nada que ver con aquella lejana y voluptuosa imagen nocturna pero, por desgracia, me resultaba imposible desprenderle aquella ventana que la enmarcaba, que parecía una parte más de su cuerpo pero que, a estas alturas resultaba grotesca. Ahora era yo quién necesitaba mirar hacia otro lado.

Ya de regreso, Esteban aún insistía en desenterrar recuerdos, como si algún manotazo desesperado pudiera transformarnos en aquellos ángeles que creíamos haber sido.

—Quién diría que Don Antonio iba a terminar casándose con Hilda. ¿Te acordás cuando subimos al techo y lo descubrimos espiándola por la ventana?

—No. La verdad, no me acuerdo de nada.

## La muy Gladys

Otra vez llegaba al pueblo a vender las *Ediciones de la rosa*. Como siempre, me hospedé en el hotel de los vascos y fui a buscar a la Gladys.

Antes de golpear la puerta de su casa ya me pareció que algo pasaba, puede haber sido el color de las cortinas o el silencio, no estoy seguro.

Después de intentar varias veces, por fin salió un muchacho de pelo largo, descalzo, que me miró con desconfianza. Tenía una manzana mordida en la mano y un tatuaje.

Me dijo que la Gladys ya no vivía más ahí, que se había mudado para allá y señaló con la misma mano que sostenía la manzana en dirección a las vías del tren. Después cerró la puerta. Con llave la cerró.

A la Gladys la conocía desde siempre y, cuando iba a ese pueblo, la buscaba como una rutina o como un hábito. Era natural: iba al hotel de los vascos, buscaba a la Gladys y vendía las *Ediciones de la rosa*, en ese orden.

Caminé hasta las vías, pero por más que busqué, más allá no había absolutamente nada.

Fui hasta la plaza mientras pensaba en dónde se habría metido la muy Gladys. Me senté a tomar un café, solo, cosa que odiaba.

Estaba todo como cambiado, no sé, serían las nubes o la humedad, pero no se podía ni respirar. Me tuve que ir al hotel a esperar que la noche se tragara ese día tan opaco.

Las *Ediciones de la rosa* eran una montaña amorfa dormida contra la pared. Le iba a dar forma cuando en eso golpean la puerta. Cuando abrí, ahí estaba ella, la Gladys, la muy Gladys, un poco más desteñida, pero era ella. Los años la venían persiguiendo hacía rato, los esquivaba como podía, con su bolsito de cosméticos los espantaba como a moscas, pero algún día se descuidaría y entonces se le vendrían encima de golpe.

Me abrazó, dijo “te quiero”, mirándome a los ojos lo dijo; después vino ese enorme silencio en que ella espera que uno diga “yo también te quiero”, ese instante largo en que las palabras parece que nunca me van a llegar a la boca y sale el aire deformado, casi sin fuerza, sin sonido, pero igual a ella le alcanza y entonces otra vez se desabrocha la blusa y sonrío porque está feliz y espera esa misma sonrisa de mí, como si fuera su espejo y a veces realmente lo soy quitándome la camisa y mostrando los dientes.

Apagué la luz, porque ya no soportaba tanta Gladys así, de golpe, y fue tan grande la oscuridad de esa habitación del hotel de los vascos que no nos pudimos encontrar en toda la noche, hasta el amanecer en que un rayo de sol quebró la ventana en dos para dejar ver a la Gladys esparcida entre las almohadas. En ese momento sentí como un deseo de que desapareciera, pero sin despedidas, sin lágrimas, algo mágico, con un chasquido de los dedos o en un abrir y cerrar de ojos, pero cuanto más lo pensaba, más se afirmaba su presencia entre las almohadas. Tomé uno de mis libros de las *Ediciones de la rosa* y lo interpuse entre la Gladys y yo. Leía cada vez más frenéticamente, en voz alta, con toda mi alma, y

el cuerpo de la Gladys quedaba casi totalmente tapado si acercaba suficientemente el libro a mi rostro. Pero entonces la Gladys se despertó y empezó a asomarse por los costados del libro, entre cada palabra y hasta por detrás de las tapas sobresalían pedazos de Gladys. Había perdido sus últimos restos de maquillaje y se parecía a su madre o al muchacho de la manzana y el tatuaje. Se reía. Fue bastante difícil dejar el libro despacio y decirle con una voz humana que tenía que irme a trabajar, que la quería, y después observar cómo se metía dentro de una media de muselina agujereada. Pero la muy Gladys empezó con una serie de relatos del pueblo, cuidadosamente descritos y acotados con señas y gestos exagerados que brotaban de su rostro, de sus manos, de su piel, como alaridos grotescos, hasta terminar por clavar sus uñas en la atormentada media de muselina que se rasgó en un aullido y quedó colgando entre sus dedos como un animal muerto. Fue entonces cuando decidí ir al baño con cinco libros y encerrarme allí todo el tiempo que fuera necesario. Simplemente necesitaba que se fuera. Mientras, ella golpeaba la puerta y preguntaba si me sentía bien. Yo apretaba las *Ediciones de la rosa* con tanta fuerza que logré arrancar algunas hojas. Ella hablaba y hablaba y yo me esforzaba por no entender sus palabras. Eran sonidos vacíos, una radio mal sintonizada que transmitía con tono imperturbable, hasta que, por fin, sólo quedó el silencio arañando la puerta.

Sabía que la Gladys seguía allí como una enorme roca sentada en la orilla de la cama, que era como la orilla del mar, y la Gladys allí, con las olas golpeando su espalda y dejando la espuma de las sábanas y la sal. Sabía que la Gladys no se iría, porque había llegado para quedarse.

Salí del baño despacio, arrastrando los pies, el espejo me había arrojado un enorme puñado de años sobre la cara. Podía ir a vender los libros de la editorial y tomar otros cafés solo en el bar ése que odiaba, pero la Gladys seguiría allí, mitad silencio, mitad muselina muerta entre sus dedos.

Igualmente salí a la calle llevándome mis libros y sus ojos en la espalda; tomé el café solo, ese café que debía tomar.

Cuando regresé al hotel, la Gladys no estaba y era tan suerte su ausencia que diría que al irse se había llevado el aire y hasta la luz. Le pregunté al vasco de la recepción y dijo que se había ido para allá. Lo dijo señalando hacia las vías del tren.

## El dolor en la nuca

El gran maestro estaba en el noveno piso. La escalera era una serpiente de piedra que se perdía en la oscuridad. Y todo por culpa del dolor en la nuca. Los doctores y el paracetamol son un sendero de recetas que navegaron entre los pasillos de grafa, un recuerdo o un sueño arrugado que escapó por algún balcón.

El quinto piso estaba húmedo, había gente que se asomaba para ver mi rostro que no decía nada. Pero ellos eran expertos lectores de rostros, leían mi dolor y comprendían que iba al noveno.

Me lo dijo Telma, casi en secreto, cubriéndose la boca con la mano, Wan Chi se llama, creo, y conoce secretos milenarios. Tiene un dragón verdadero en una jaula de canarios y, cuando sus manos se detienen a escasa distancia del doliente, un espíritu fluye, cae desde sus dedos bañados de arrugas y de sol.

El octavo piso era la prueba mayor. Unas prostitutas se asomaron envueltas en su aroma también milenario, era la esencia de todos los hombres del mundo concentrada en un pasillo largo y agónico. Apenas si era posible cortarlo con una bufanda impregnada en unas gotas de agua de arroz. Afortunadamente la llevaba, Telma me lo advirtió. También llevaba las sandalias de cuero de liebre para pasar sobre las cenizas ardientes que enciende el dragón.

El timbre era un grillo de oro que caminaba bordeando la puerta. Wan Chi estaba al final de la sala, su piel era del color de las manzanas cuando comienzan a oxidarse y lo envolvía una túnica de seda, supongo.

El dragón amarillo me observaba desde su jaula, tenía pico de canario y alas de canario. Wan Chi posó sus manos en mi cuello y la energía fluyó exactamente como dijo Telma. Dejé las monedas de oro sobre el cofre y esperé.

Su voz de almendra cansada comenzó a apagarse. Wan Chi se estremecía, se arrodilló y derramó su cuerpo leve sobre una alfombra asustada. Telma no me advirtió sobre esto. Estaba inmóvil. El dragón aleteaba nervioso, presentía.

Con un dedo tímido llamé al maestro, pero su piel rígida y espejada estaba demasiado fría, demasiado crisálida de espuma inerte. Una bocanada de luz amenazaba detrás de las cortinas, atropellaba la magia quebradiza de aquel encierro. Recién entonces recordé a Telma a medio desvestir, cuando aseguré que el placer es una deuda dormida y apagó las luces. No la escuché, el humo de cigarrillo ya abrazaba su torso desnudo y eso era todo lo que importaba. Allí mismo comenzó el dolor, bajo el signo de sus manos.

Ya no se oían las risas del piso de arriba. Todo era tan raro... no lo puedo explicar, como si soñara. Apareció una mujer que me insultó en japonés y después lloró sin dejar de increparme, vino de la nada, casi del aire sucio que renunciaba a escaparse por la ventana.

Recuerdo que huí, con toda la muerte de Wan Chi sobre los hombros, hasta una plaza llena de latidos. Recién entonces comencé a caminar y me ajusté la corbata, como si con ese gesto pudiera cortarse el delirio.

Al día siguiente, cuando vi a Wan Chi comprando naranjas en el mercado, pensé que quizá el maestro moría un poco todas las noches para llevarse un manojo de

dolores viejos hacia otro mundo. En ese momento me sentí aliviado, su muerte no era toda mía, pero la paz no duró mucho, el dolor en la nuca recién estaba comenzando.

## Todo va a estar bien

En el jardín de Teresa se da el romero y el tomillo, crecen aunque ella no los riegue, se desperezan del sueño críptico de la semilla, hunden sus uñas en el barro y su lengua en el aire encapsulado del minúsculo patio, en el aire que ha pasado por los pulmones de Teresa, que ha descascarado la muralla y el enano de piedra, que secó la uva y la mejilla.

Por las tardes se sienta a tejer en un sillón de mimbre que no sabe crujir cuando debe hacerlo, cuando debe morder el silencio artero de la memoria. Entonces, enciende el televisor y se bebe un trago de la novela, como si aquello pudiera haberle ocurrido a ella o como si todavía pudiera sucederle.

Antes, hace demasiado tiempo, cuando el silencio desnudo se recostaba sobre la tierra para lanzar su abanico de pájaros lejanos, ella se encargaba de vestir la tarde con el chasquido de la pala, atropellando cascotes y melgas como cualquier hombre y se quitaba el pelo que se le enredaba en la boca y se le pegaba al cuello húmedo.

A veces guardaba entre sus senos la palidez que le arrancaba a alguna estrella o cruzaba los dedos con furia para que no cayera piedra. Como aquella noche en el galpón, la noche del granizo, cuando dejó de caer y Teresa se asomó a ver lo que quedaba, aquella noche supo por primera vez lo que era la muerte.

—Mirá los retoños Teresa, ¿ves? Esto es la muerte -dijo Guillermo enseñando una

mancha verde en la palma de su enorme mano blanca y era como si las palabras no le salieran de la boca, de esa boca perfecta, sino de los ojos o de la piel misma. La muerte se deshacía en las manos del Doctor Guillermo y no parecía tan terrible, era una muerte buena.

Él se instaló en la silla de paja y, aunque la dureza de la lluvia sobre las chapas casi dolía, conservaba una sonrisa empalagosa, inexplicable. Teresa, de pie, miraba la lluvia y la yegua maneada que se mojaba y daba saltitos de barro. La pollera rosada que le llegaba a las rodillas en aquel momento se le ocurrió terriblemente corta. Guillermo la miraba desfachatadamente mientras fumaba y supo que iba a decirle algo importante, y desgraciadamente lo dijo.

–Venga esta noche a cenar a la casa, claro, si no le incomoda.

Ella sabía que la esposa del doctor no estaría, sabía todo lo que tenía que saber, lo que le había explicado Felisa una siesta y lo que había visto en el corral cuando el cerdo cubre a la hembra y esta se queda quieta y hasta come el afrecho al mismo tiempo, como si no ocurriera nada.

Guillermo se bajó de la cama satisfecho y cansado, se secó la frente con el antebrazo mientras Teresa se aferraba a un pedazo de luna sofocado por el marco de la ventana. Esa misma noche la llevó a la casita de Villa Elisa.

En el ropero encontró vestidos, camisones, perfumes, cremas, zapatos usados pero duros. Por las flores secas se diría que allí había vivido una mujer. Las cortinas,

eso sí, eran nuevas. El doctor Guillermo le explicó que ya no manejaría la azada ni el rastrillo y algo parecido a una sonrisa se le pintó en su cara redonda.

El patio era una orgía de retama y caña, por eso consiguió algunos gladiolos y tomillo. Un par de veces se apareció por la finca, pero hasta la Felisa la miraba distinto, además, la última vez que estuvo allí, se encontró con el doctor Correa que no quiso mirarla, apenas si acariciaba la cabeza de la yegüita enferma que estaba tirada en la zanja. Todo va a estar bien, le decía todo va estar bien y era como un arrullo que acompañaba los soplidos entrecortados del animal. Entonces se escuchó el disparo, un par de ancas cortando el aire y nada más. La muerte es el mejor remedio -dijo el doctor-, y parecía que la yegua moría solamente para demostrarlo, para confirmar lo que acababa de decir, como si ya supiera que Teresa estaba embarazada.

Guillermo la dejó en la puerta de la Coti. Ella estaba de tres meses y el doctor ya había pagado el trabajo. Cuando golpeó, sintió la dureza de la madera en los nudillos y pensó, mientras esperaba ese minuto eterno hasta que la mujer le abriera la puerta, en la nueva suavidad de sus manos que tan pronto habían olvidado la pala y la maleza.

La Coti no abrió y Teresa no insistió, estaba demasiado sola como para enfrentar ese miedo con forma de cuchara sedienta.

No se sabe cuanto tiempo pasó encerrada con la criatura. Nadie pudo verlo, ni siquiera el doctor que partió la mesa de un golpe con el puño al enterarse, pero ya se sabe como exagera la gente. Teresa eligió una noche despejada y cavó un

pequeño hoyo en el patio, “todo va a estar bien” repetía como una canción de cuna, “todo va a estar bien” y así el niño dibujó un trozo de luna en sus ojos y probó el sabor de la tierra y el aroma del tomillo eligió su carita redonda. Al finalizar, Teresa tomó conciencia de sus manos ampolladas por la pala, pero después de todo, el Doctor Correa ya lo había pagado.

## Cerdo

Cuando uno cree que ya no puede esperar nada ocurren las cosas más extrañas, como ayer en el almacén, cuando la Ercilia me armó el escándalo. Era temprano. “Cerdo -gritaba- cerdo hijo de puta” y yo pensaba en esos chanchitos que son devorados por los propios padres o por el barro y el jugo de melón que inunda aquí los chiqueros y que no tienen culpa de nada.

Nunca la había visto así a la Ercilia, linda mujer, más cuando era joven y los ojos le cubrían la cara como dos latigazos azules y tercos.

Uno tiene que quedarse callado y aceptar, aunque el almacén esté vacío, porque cuando una mujer grita “cerdo” no escucha. No puede escuchar. Además, ella nunca entendería, ella no ha sufrido este almacén donde nunca pasa nada, hasta que al final pasa.

Yo la vi crecer a la Ercilia desde el mostrador. Había en su cabeza dos trencitas como toboganes de arena que le cubrían las orejas. Éramos amigos. La sentaba en mis rodillas y le contaba historias de dragones o de piratas. Ella no recuerda, claro. Tenía la piel blanca y los huesitos de la espalda medio salidos, yo le decía que eran alas.

“Cerdo”, lloraba. Ahora sabe lo que es llorar. Yo nunca aprendí del todo. Ni la vez que se fue con el electricista, ella ya tendría diecisiete; me quedé alimentando las gallinas. Era diciembre, pero estaba fresco. Esa noche se podían oír los picotazos

contra el maíz que me retumbaban en la cabeza. Debo haber estado horas con los brazos cruzados, como esperando que, de una vez, la tarde se me apagara en la garganta.

Y ayer no más se me aparece otra vez la Ercilia, veinte años después, pero igual que si el tiempo se hubiera olvidado de arrastrarla, con el mismo vestidito verde y a rayas que cuando se fue con el electricista, con el mismo tintineo en la puerta y las alitas trepándole la espalda. Entonces, sin que se diera cuenta, trabé la puerta para que esta vez no se me volara. Ya era el anochecer y había un montón de ladridos, detrás de la reja que nos separaba de la calle.

Usted sabe lo difícil que es atrapar un pájaro en una jaula. Uno mete la mano, siente las plumas que golpean y las patitas que arañan y cuando uno, al fin, toma el cuerpito, que no es más que un corazón agitado, se tiene temor de apretar demasiado la mano porque piensa que puede matar, pero ese temor es justamente porque uno no quiere hacer daño.

Las alitas golpeaban y jadeaban, se debatían entre estos dedos curtidos de atropellar años y monedas. “Mi Ercilia”, “Mi Ercilia” le repetía y unos fogonazos de piel blanca me estallaban en la cara, clavando alaridos, espasmos y un hilito de sangre nueva entre unas colinas de envases y de latas.

Cuando el sol está saliendo recién uno se da cuenta de que ha pasado casi toda la noche sentado en el piso, preguntándose por dónde es que la Ercilia se me habrá volado. Pienso que hay que darle de comer a las gallinas y acomodar la mercadería porque todo es desorden, un gato lame algo en el piso y hay fideos

desparramados por todas partes. Pero entonces llega la Ercilia y grita: "Cerdo, qué le ha hecho a mi hija", una Ercilia como yo nunca había visto antes, vieja, hinchada de aullidos, rojiza, con un temblor de manos huesudas y ya sin alas en la espalda. Una mujer que, para mí, no es la Ercilia porque la verdadera Ercilia se me ha volado esta mañana.

## El carneo

El inmenso cerdo colgaba del pórtico boca abajo, abierto. La sangre se bebía el patio y, en el fuentón, una maraña de tripas nadaba y se retorció entre los limones. Entonces Don Eugenio apareció tirándose para arriba el pantalón y nos echó. Debe haber pensado que la muerte no es para verla de cerca y menos si uno es niño y tiene que dormirse temprano. Tuvimos que ir al galpón en donde había un universo de cajones apilados, discos de arado tiesos de tanto abrir la arcilla, el tractor, el azadón, las palas.

Mi primo, *el Toscano*, se zambulló en un cofre y apareció con una zaranda y una enorme muñeca de goma a la que le faltaba un brazo. Hacía frío, pero cuando mi primo cerró el portón, se vino una oscuridad caliente que me encendió los huesos.

Vení, ordenó, y nos arrojamos debajo del tablón. Tenía los ojos brillosos. La piel de la frente le vibraba como un motor encendido.

En cuclillas, debajo de la mesa, puso la muñeca cabeza abajo y me la pasó. Yo no sabía para qué. La tomé de un pie y la miré por todos lados, tenía cicatrices de tierra y carbón. La falda escocesa, que ahora colgaba hacia abajo, descubría una canaleta que representaba el nacimiento de la entepierna, a la vez que caía grotescamente ocultando la rígida cabeza. Sosteniéndola apenas con dos dedos, la hice girar sobre su eje, como esperando que sucediera algo, entonces *el Toscano*

me la arrebató. Las manos le temblaban cuando le quitó el vestido y le ofreció a la penumbra aquella extraña piel sucia y pegajosa. La exploramos un rato. Creo que él tampoco estaba seguro de qué hacer con ese cuerpo que estaba en nuestro poder. Se frotaba las manos y me miraba. Teníamos una agitación nerviosa y nueva que no sabíamos de dónde venía. Así estuvimos un rato hasta que mi primo comenzó a recorrer, con la yema de los dedos, la esponjosidad desmedida de las piernas regordetas. Dedos lengua que se hundían en los contornos esféricos, intentando, sin suerte, abrir caminos entre las rústicas curvas que desembocaban en la nada. IncurSIONES desesperadas por las cornisas de plástico y por las líneas rígidas, selladas. Las manos de *el Toscano* se aferraban ahora con tal fuerza a la muñeca que se diría que la goma se iba convirtiendo en una mermelada seca, una especie de masa estrujada y servil.

—Ahora vamos a jugar un juego nuevo dijo, y la voz le falló antes de llegar al final de la frase. *El Toscano* había adquirido una mirada desorbitada que estaba tejida en algún punto impreciso entre la súplica y la orden. La mía debe haber estado suspendida por las tensas riendas de la algarabía y el miedo.

Parecía imposible salir de allí sin que sucediera algo más. Algo grave. Una de sus manos cayó sobre mis rodillas. Yo di un salto hacia atrás como si me hubieran arrojado una brasa. La cara le ardía y mordía bocanadas de aire con la urgencia de los ahogados. La única vez que lo había visto así fue cuando, en ese mismo galpón, nos inició en el armado de un rústico cigarro de chala de choclo, pero, en esa ocasión, había estado también Manolito, mi otro primo, de ahí le quedamos diciendo "*Toscano*".

Ahora había algo de enajenación en su entrecejo. Locura también. Otra vez se me vino encima, pero esta vez yo ya estaba preparado y lo recibí con un golpe en la garganta. *El Toscano* pareció resignarse pero entonces de nuevo agarró la muñeca, que todavía sonreía con esa inexplicable risa fija, y la pateó con furia. Es probable que el primer impulso haya sido simplemente arrojarla lejos, pero no fue así, me la pasó y ahí mismo la carneamos. Tiramós hasta que le arrancamos el otro brazo y una pierna. En aquel momento, creo haber percibido la leve sensación de que se estaba haciendo algún extraño tipo de justicia. Después, el mantel que cubría el tablón se abrió de golpe y se nos aparecieron las botas de Don Eugenio. Primero pareció no comprender del todo. Después dijo: *-¡Qué virgüenza! Ya van a ser hombres y andan jugando con muñecas.* Con desprecio lo dijo.

## La plaza

A veces me parece que fue un lunes pero, pensándolo bien, debe haber sido un domingo cuando el abuelo me llevó al parque y seguramente me parece porque en los domingos no pasan esas cosas, decididamente son cosas de los lunes.

Fue todo muy rápido, alguien lo tomó por la espalda y salió corriendo con su reloj y su billetera.

Me quedé paralizado y el abuelo también. Una gota casi plateada nació en su frente y se detuvo varias veces antes de descolgarse por su patilla. Creí que le iba a dar un ataque o algo así porque las manos le temblaban como queriendo girar o salirse de los brazos y sus ojos eran dos agujeros espesos de agua y sal.

Se puso a menear la cabeza de un lado para otro, como hacen los elefantes, y a resoplar, como también hacen los elefantes o los osos.

El camino de regreso me pareció mucho más largo que el de ida. Yo caminaba adelante y lo escuchaba gruñir y hablar de la pena de muerte y de Yrigoyen.

Me pidió que no dijera nada cuando llegáramos a casa. Yo no sabía por qué, aunque me pareció que era por no apenar a la abuela y hasta pensé que ya no iríamos más al parque, pero el domingo siguiente estábamos otra vez ahí. El abuelo se quedaba quieto como un gato y me miraba darle pan a las palomas o treparme a los árboles.

La yema de sus dedos se había quedado con algo de los colores de ese reloj a

cuerda pálido y sucio, sin embargo parecía que con él le hubiesen arrebatado un pedazo de vida o quién sabe qué.

Después de dos o tres domingos descubrí que, en la cintura, el abuelo llevaba un revólver escondido sostenido por el cinturón. Tan antiguo como el reloj, una reliquia escapada de un museo o de la guerra del Paraguay. Era difícil creer que aquel dispositivo funcionara, aún si las manos herrumbradas de mi abuelo lograban accionar los huesos gastados del arma y si la pólvora humedecida de asombro alcanzaba a despertar de su sueño encantado.

Cada tanto algún ancianito enarbolaba su bastón a los gritos al momento en que un ladrón corría para desaparecer en la niebla. Con el tiempo casi todos los abuelos de la plaza iban transformándose en esos gatos acechantes rodeados de palomas y de silencio.

Al llegar la noche, cuando la insolencia del lunes empezaba a devorarse los restos del domingo con su cara de lunes y su andar de lunes, la marea de hombrecitos arrugados se retiraba con sus bufandas de franela a cuadros, sus boinas y sus gorras mordiendo el pelo blanco.

Las palomas se parecían un poco a los ladrones picoteando y alejándose con esa cara de paloma y esos ojos rojos de paloma que uno nunca sabe hacia dónde están mirando.

Los relojes y las billeteras siguieron desapareciendo, quizá porque los revólveres olvidaron cómo funcionaba su mecanismo o porque hasta la policía también había olvidado cómo atrapar ladrones. Las manos entraban en sus bolsillos, pero

ellos no podían hacer nada, apenas si caminaban de un lado a otro como los leones enjaulados. Iban y venían por los mismos baldosones cuadrados de piedra y sombra; aunque tuvieran todas las baldosas del mundo seguían como atrapados entre cuatro o cinco. Entonces comencé a sospechar que nunca utilizarían sus armas porque eran nada más que para impresionar a los nietos.

Después descubrí algo que nunca hubiera imaginado, lo descubrí por casualidad, como se descubren las cosas realmente importantes o los secretos: un bandido le arrancó el anillo de casamiento a una abuela haciéndola caer bruscamente al piso y nadie hizo nada.

Vi la desesperación amanecer en los ojos de la mujer caída, pero hasta me pareció escuchar unas carcajadas. Entonces comprendí. Me di cuenta de que nadie haría nada porque todo era como una selva o como un gran circo, un circo gigante que llegaba más allá de la avenida y de la plaza y nosotros éramos como payasos, sin importancia, que podíamos recibir cachetazos porque para eso estábamos.

Pero, cuando crezca un poquito más, voy a hablar con los dueños del circo, les voy explicar que esto no puede ser y que pienso seguir acompañando a mi abuelo a la plaza para que no le pase nada. ¡Ya van a ver!

## Enlace en la oscuridad

Después de un par de movimientos en el aire se encontró con el vaso, dejó su mano allí, bebiéndose el frío del vidrio con los dedos, como si así pudiera apagarse la urgencia que le subía desde las suelas de los zapatos.

La intermitencia de claridades y oscuridades que lo acompañaban desde el nacimiento se detuvo una vez más en un gris caliente, casi de fuego. Alguien había puesto sus huesos ciegos sobre una cama y sus piernas, también ciegas, chocaban con la aspereza helada de las sábanas.

Qué bueno hubiera sido que su padre viviera, pensaba, una madre y una hermana no alcanzan. No alcanzan para nada. No alcanzan para comprender ese caos que se llama mundo y que resulta casi imposible de ordenar.

Varón, había dicho el médico y el golpe que lo hizo llorar fue la primera huella que incluyó en el compartimento de las sensaciones inesperadas, pero eso fue hace cuarenta y ocho años y él no lo recordaba, al menos no de la manera en que se recuerdan las batallas o los ríos o la voz del maestro.

Desde ese entonces, sin saberlo, se había propuesto clasificar el torbellino anárquico que ingresaba por sus sentidos, esquivando aquellos ojos inútiles y atroces que decoraban su cara.

Sentía cómo el vaso temblaba de nervios, era el tintineo del hielo contra el vidrio disolviéndose por la fiebre nueva de sus manos. Recordó entonces aquella vez que el maestro le leyó una poesía de Bécquer.

—¿Qué es para usted el amor, Gutiérrez? -dijo y se quedó esperando, como si aquella pregunta pudiera tener respuesta.

—Un sentimiento -respondió con la seguridad de que el maestro quedaría conforme. Así fue. Y logró incluir de esta forma algo más dentro del compartimiento de las estupideces.

Ya en aquellos tiempos, por supuesto, sabía lo que era el amor y también sabía que no todos los amores eran iguales. Se podía amar a la bandera, a la madre, a la vecina y a los caramelos de menta. Estaba claro.

Pero esa tarde, cuando subieron al taxi con su madre, supo que iba a suceder algo distinto. Ella tartamudeó al indicarle la dirección al conductor.

—Acá es señora -dijo el hombre después de manejar durante unos silenciosos quince minutos. Después tuvo que quedarse otro tanto, a solas con el taxista mientras su madre arreglaba, explicaba. Los dedos del conductor tamborileaban sobre el volante mientras sentía el camino de su mirada que, cada tanto, hacía un perverso juego con el retrovisor.

Unos momentos más tarde, una mano desconocida incursionaba por debajo de su camisa y las risas de una mujer le susurraban al oído.

—¿Por qué estás tan nervioso? Dejá ese vaso y vení.

—Hoy vas a saber lo que es el amor -le había dicho su madre casi llorando, entregándolo en aquella puerta.

Era tan difícil clasificar todo ese miedo dulce, ese atropello de pelo y colonia ordinaria.

Aquella era una piel joven y extraña, con más años que la voz que la portaba, una piel cansada y gris que por años recordaría como una montaña blanda.

El viaje de regreso en el taxi fue aún más silencioso. Su madre hacía sonar el pañuelo en la nariz, resoplando como si no pudiera tragar sus propios pensamientos. El sol se había suicidado en el horizonte pero ella igual miraba por la ventanilla.

—Podemos volver alguna otra vez, si te interesa -le dijo al final cuando logró tomar coraje.

—No, madre -dijo sin pensarlo, sabía que era lo que ella quería oír.

Ahora intentaba liberarse desesperadamente del vaso de hielo que lo tenía prisionero. Esa misma tarde había regresado del cementerio y, tras dejar el cuerpo de su madre, se dirigió como un zombi al departamento.

Como era de esperar, la prostituta se sorprendió cuando el extraño cliente ciego hizo estallar el vaso de vidrio contra la pared.

## Viaje al centro de la tierra

Cuando llegué a la calle Perú supuse que estaba perdido, irremediablemente perdido, que todo siempre es distinto a como uno lo imagina. Era una calle vacía de colores, de veredas anchas, parecida a todas las calles y a ninguna. Entonces pensé que nunca iba a conseguir los dólares.

Mi madre había dicho que el tan desgraciado, cuando se fue de casa, hasta se llevó los dólares escondidos en el tarro de yerba.

—Hasta eso se llevó -decía

Ahora, claro, cuando escuchaba el noticiero se encendía como una brasa recién soplada y golpeaba la tabla de picar porque el tan desgraciado estaba con la otra o porque el dólar subía o por las dos cosas.

La otra vivía en la Villa Gral. Pueyrredón y hasta ahí decidí llegar ese día para traer los dólares de la venta de la Gilera porque la moto había sido de ella, de cuando era soltera, y entonces los dólares eran de ella. Así decía siempre.

Salí temprano y caminé hacia la iglesia, esquivando la vereda de doña Cuca porque estaba loca y corría a los niños con una escoba despeinada que dolía como un hacha.

Deben haber sido las diez, pero ya hacía calor y los perros me seguían. Les gustaba olfatear todo lo que se movía y yo hacía fuerza para no tener olor o miedo, que era lo mismo, porque si los perros olfateaban el miedo, mordían.

Caminé después por una calle que se llamaba Encarnación y que tenía árboles como sombreros y otros como látigos cayendo del cielo.

Al doblar a la derecha se me aparecieron unos perros nuevos, flacos, ladrándome sus palabras de odio y hambre.

Corrí otra vez debajo del sol anaranjado y peludo que me lamía las orejas con su lengua hirviente. Abriéndose paso entre las ramas, surgían camiones con cabelleras de uva negra, como escandalosos monstruos de marzo.

Entonces reconocí la casa donde el tan desgraciado me había llevado una vez diciéndome que era la casa de una tía y me había hecho esperar en la vereda.

El jardín estaba incontenible de marimónas y petunias aunque la acequia tenía un extraño oleaje de sapos y gusarapos de carbón. El aire se crispaba de mariposas pintadas con canela y azafrán.

Golpeé la puerta y me abrió la otra, que resultó ser joven, y, además, era cierto que era tía, porque había estado en mi comunión, pero era de esas tías que no vienen a los cumpleaños porque nadie les sirve chocolate y tiene labios como tomates desbordándose del breve canasto de su boca. Me besó hundiendo en el remolino de mi pelo su sensación de victoria.

Descalza y con una risa neurótica me sentó en la mesada y me propinó caricias de arroz con leche tibio, como si alimentara un muñeco y ella fuera otra vez una niña jugando a la mamá y yo fuera una parte de aquel juego, quizá la parte principal.

La tierra está más dura. Eso es seguro, como si el tiempo, los pasos, las lluvias y el

canto de los jilgueros la hubieran compactado, le hubieren dado una consistencia triste de arcilla terca y quebradiza. No como aquella tarde en que estaba arenosa y hacer un pozo con las manos era sencillo, aunque los bordes se derrumbaran hacia adentro volviendo a llenar el efímero espacio recién logrado.

Levanté la vista y calculé nuevamente la distancia al limonero, trece pasos hacia la medianera y entonces recordé el primer intento por cavar bajo la morera, cuando las raíces me obligaron a cambiar de posición. Primero una raíz gruesa, como un tronco, y después delgadas varas que tejían un entramado profundo y alocado.

Debí calcular nuevamente mis pasos. Los pasos de niño son breves y frescos. Tienen una eternidad de pasos por reclamarle a la vida.

Cuando acerté con el sitio, desenterré el tarro. Los años se habían comido parte de la tapa pero los dólares seguían allí. Metí la nariz adentro y respiré el aire guardado por quince años.

Aquella tarde me llevó tiempo esconder ese tarro de yerba, después de que el crepúsculo se transformara en dos mujeres con los brazos en jarra y la calle, que estaba gorda de silencios, se volviera alaridos. Casi puedo verme trepado en un banquito y mi cabeza apenas asomada detrás de la ventana. La negociación debe haber sido dura pero algo habría que ceder para que mi madre se fuera, mientras, yo escondía el tarro sepultándolo en el fondo.

Cuando nos fuimos, con mi brazo tironeado por la furia de mi madre, ocultando mis uñas negras en mi silencio más negro, el atardecer ya llenaba sus tazones de grillos y de lunas.

## Tres deseos

El poeta Carlos Chanderler tenía por costumbre emplearse como payaso en cumpleaños infantiles y promociones. Aseguran quienes lo conocen que su último gran espectáculo lo dio en el club Defensores de Barracas en ocasión del cumpleaños del pequeño Fermín Cattini, precisamente el mismo día que el club sufría una derrota bíblica y descendía despiadadamente a primera D.

Desde ese preciso instante Fermín comenzó a llorar en forma ininterrumpida con lagrimones perlados, grises, y después mocos y toses urgentes y otra vez perlas y gujarros. Lo siguieron Darío Cattini, Olga Zulotti de Cattini, Doña Doménica Cattini, don Lisandro N. Cattini y el resto de los invitados.

Chanderler, con mocasines desesperados y los restos de pintura navegándole el pellejo, padeció la indiscreción de la familia Cattini y la consiguiente persecución de la estirpe de los poetas payasos que se desató ese noviembre de mil novecientos setenta y cinco.

Ernestino Cuevas, empleado del club, señala que no existían elementos de juicio que hicieran relacionar directamente el descenso del club con la actuación histriónica de Chanderler, pero el imaginario popular lo condenó en un juicio feroz sin alegatos ni demoras.

Las penurias de Chanderler no terminaron allí ya que a cada uno de sus actos

se lo vinculó con los destinos del club. Así fue que en el verano del setenta y seis un grupo de hinchas fue a visitarlo, garrote en mano, para reprocharle la goleada de Defensores frente al Deportivo Sarandí y la propia comisión directiva de la institución le envió un telegrama pétreo y nocturno en el que se le exigía que cesara su actividad de poeta porque entendían que era el último rastro de payaso que aún le quedaba. Chandelier, rebelde y combativo, no sólo continuó con su tarea de poeta sino que se las arregló para estar presente en el séptimo cumpleaños de Fermín Cattini. Llegó antes de que soplara las velitas, se piensa que lo hizo pasar un pariente renegado hincha del Sarandí. Fermín lloraba desde hacía un año, todo colorado y pintado de besos.

Pedir tres deseos es torcerle el brazo al destino decía don Lisandro Cattini, por eso, y para no desperdiciar la ocasión, esta vez la familia intentó apropiarse de los deseos del pequeño Fermín y, sin que él lo supiera, los anotó en una hoja cuidadosamente escondida debajo de la torta. El primero estaba referido a Olga Zucotti, el papel invocaba que volviera con un antiguo novio, pero éste era un deseo atrasado que llevaba por lo menos cuatro soplidos de velitas si no se cuentan las que Doña Herminia de Zucotti encendía cada tanto en la capilla de San Antonio. El segundo era que Fermín parara de llorar ya que estaba científicamente probado que ojeadura no era. El último era que el Defensores ascendiera de una buena vez a primera C.

Ernestino Cuevas asegura que, cuando Chandelier entró, se desplegó un silencio nervioso, arrasador y el mismísimo Darío Cattini lo quiso trompear ahí mismo, en la puerta.

—Caradura —aullaba.

Chandler se metió la mano en el bolsillo interior del saco, como si fuera a sacar un arma, pero extrajo una nariz, una nariz redonda, roja, de plástico.

Ernestino Cuevas se contradice con los archivos del diario *La Voz del Sur* al afirmar que ese mismo año Defensores alcanzó a jugar en la primera C de San Ignacio. Lo que sí puede afirmarse es que Fermín sonrió antes de pedir tres deseos y se sabe que hasta el día de la fecha Olga Zucotti no se ha reconciliado con su novio.

## Papá en el living

Pero, ¿por qué también a la tía Emilia? Ya había soportado demasiado. Cuando sonó el timbre me di cuenta de que era la tía Emilia porque ella toca con miedo, como si no quisiera molestar. Después entra su largo vestido blanco, con puntillas y sus veintiocho años mal gastados. Era de esas mujeres que tuvo una vez un novio y que nunca se supo bien qué pasó, pero nunca más se le conoció pretendiente.

Entonces la tía Emilia entró y yo dije “por favor no”, pero lo dije para adentro, y me fui a mi cuarto porque ya veía que *sí*.

Papá la hizo sentar en el sillón y empezó a hablar de otras cosas, como había hecho con Matías y con don Augusto que nunca pasaba del umbral, pero hoy sí, claro, hoy todo el mundo vendría y se sentaría en el sillón.

Papá tenía la sonrisa esa. La alegría que había tenido toda la mañana y que alguien tendría que borrar.

Me escondí detrás de la puerta entornada y esperé a que empezara.

Él se demoró bastante, como con Don Augusto, porque le gustaba esperar el momento y hablaba de tantas cosas que no tenían nada que ver, pero sabía que, más tarde o más temprano, llegaría el momento en que lo contaría. Daba vueltas pero, certero como un embudo se las arreglaba para enlazar cualquier tema y terminar en lo mismo.

Con Matías había sido precavido y parecía no encontrar las palabras pero cuando

empezó ya no pudo terminar y dijo riéndose y sacándose un pedazo de papa frita de la muela “Sabés que el Eugenio ya...” y el silencio y la cara de nada incierta de Matías pero después las risas y el codazo suave y cómplice en la costilla.

–Vení Eugenio, saludá a Matías.

Pero ¿cómo hay que ir a saludar entre tanta risa? Y después papá cantó “Salta, salta, salta, pequeña langosta...” y las carcajadas se les volcaron como un incendio que abrazaba mis pómulos y me ardía desde el estómago a la frente.

Con don Augusto fue peor porque, además, le dijo de las manchas en las sábanas y le mostró, mire, vea. Aunque don Augusto ponía cara de asco y ni miraba ni veía pero igual él se las acercaba a la cara.

Y ahora la tía Emilia ¿por qué?

Cerré la puerta de un portazo, con la esperanza, pero igual podía ver la boca de la tía diciendo “¡oh!” y delante de la boca redonda la mano cubriendo y los ojos en el suelo y las piernas blancas con las rodillas bien pegadas.

Entonces todo se aceleró porque yo tomé el frasco de pastillas, ése que tiene papá escondido en el botiquín y lo llevé hasta el living para que lo viera la tía Emilia, el frasquito de comprimidos que papá toma cuando está por llegar alguna de sus amigas y él dice que son vitaminas.

Después vino el golpe certero, pero ya sin risa y quedé adormecido en el piso, con las piernas de la tía Emilia dando vueltas, con sus muslos tan blancos y los míos, con sus rodillas desplegadas, justo justo como en el sueño.

## Cholo, el monstruo

Vea usted señora Encarna, que lo que le voy a pedir es muy importante y aunque lo único que li hago es ofrecerle el pan y las semitas en la calle, por toda la villa, sabe que nunca me le hi quedao con una moneda, salvo esa vez no más, que usté ya me lo perdonó.

Es que cuando le cuente no me va creer. No sé si se acuerda que yo vivo por el callejón del molino, pasando el cimiterio, y que me vengo caminando ni bien empieza a clarear y que llego medio cansada, bueno, que di paso vendría bien si pudiera amanecer más cerca. Además, lo que quiría decirle, y que no se le salga de su boca, es que mi casa está visitada del diablo. Se lo juro, persignesé usté también. Tienen razón los que dicen que el rancho nunca estuvo bendecido por la estrella buena y que cada rato se escuchan los insultos que, como las hojas secas, vienen y van, arrastrados por el aliento del hombre que le dicen el Cholo o el abuelo o mi mamá. Si la cosa viene pior, lo mismo puede tomar aires un cacharro de los enlozados o un silbido de cuero.

Yo duermo en la pieza más chica, al ladito del tata. Es muy cariñoso y, cuando se duerme, apenas si empuja cada tanto un ronquidito que se abre paso a tientas entre los dos dientes que le quedan. Un poco más allá, y separados por una cortina flequilluda es donde se duerme mi madre con el Cholo, cuando baja de la cosecha de la uva, de la cebolla o del ajo.

Lo que no va creer es lo que pasó a la siesta cuando, amenazada como estaba yo de la presencia de la Pericana, sentí otra vez sus manos arrugadas trepándome por las piernas, por más que hacía mucha juerza pa dormirme. El corazón se me salía por la boca y de un salto me arrastré hasta la cama de mi madre. Ahí lo vi al Cholo, pero transformado en bestia rojiza y sudorosa, de muchas piernas. Mamá estaba acorralada, contra el respaldar, mientras el monstruo intentaba matarla tapándole la boca con una de sus patas. Ella no podía gritar, tenía los ojos salidos de la cara y, cuando la pobre parecía al fin lograr zafarse un poco del ahogo, volvía otra vez el asesino al ataque. Después de muchos intentos desesperaos, mi madre logró escaparse de morir a causa del ahogo, pero la mezcla de hombre y fiera, no contento con lo hecho, continuó mordiéndola aquí y allá a lo qui ella rispondió con otras tantas dentelladas. Cuando el más jornido logró voltiarla, se arrojó sobre la pobre y empezó a azotarle el vientre con la pata más corta. Mi madre, ya casi sin vida, apenas si era capaz de hacer unos gemiditos de muerte. En el momento en que la pelea parecía que se acababa, la agonizante logró truncarle la terrible garra cortándola nada más con la parte di adentro de las piernas, como con una cizalla. El monstruo se apartó espantado al darse cuenta de que casi la mitad de aquella pata la había perdido en la lucha, y no le quedaba nada más que un muñón blando.

Mientras tanto, del susto, yo tampoco podía pedir ayuda y un agua tibia de miedo se me chorriaba por las piernas hasta los pies. Corrí entonces, como perseguida por los demonios y me vine a esconder detracito del olivo hasta que a la tarde le nació el lucero.

Por eso, doña Encarna, le ruego que no se le salga lo que le hi contao y, como no puedo volver, ni loca que estuviera, a esa casa, no sé si será mucho pedirle, a usted que es tan buena y devota de María Ciliadora, le pido me deje hacerme un lugarcito al lao del horno e barro, aunque sea por esta noche nomás, le juro por la virgen que no le voy a molestar.

## Las lecciones de Juan

Debo reconocer que algunos recuerdos tienen la falta de exactitud de la interpolación, la contaminación del desencanto o la injusticia caprichosa del olvido. Además, como muchos libros de historia y algunas recetas de cocina, están plagados de imprecisiones.

Pero antes de escribir esto estaba hueco. Ahora tengo la “completitud” del cajón de frutas que, aunque sabe que además de su carga hay mucha viruta, también sabe que la necesita para su salud, para su equilibrio interno.

Cuando tenía trece años, me inició en el arte de la seducción Juan Pedro Zarusti, era vecino y tenía dieciséis. Vivía junto a su madre, maestra de la Escuela Normal y tenía una hermana a la que no podíamos mirar de frente porque Juan se irritaba.

Botones grandes, de tapados de piel, dorados, con perlas rojas, botones minúsculos de camisas de niño, botones blancos de guardapolvo, botones ovalados, inestables, como granos de café, botones chatos, exóticos, negros, de trajes antiguos. Botones olvidados. Ordenarlos y clasificarlos al salir de la enorme caja cilíndrica había sido mi lúgubre diversión, hasta entonces, hasta la llegada de Juan. Mientras, la abuela tejía interminables mantas. Horribles. Atroces tundras de lana, selvas de cashmilon, faunas rupestres al crochet.

Aquel día interrumpió su tejido para pedirme que me acercara a la ventana y le contara qué se veía.

—Parece que se están mudando -dije.

Una familia nueva llegaba a la casa de enfrente. Una niña y un muchacho ayudaban a bajar de una camioneta sillas y colchones. Una mujer sola empujaba sin mucho éxito un pesado sillón de pana.

Desde ese mismo día, con Juan, nos hicimos amigos y mi vida cambió.

Ahora, al salir de la escuela, nos deleitábamos observando las portadas de las revistas en el kiosco de Samuel. Podíamos permanecer una hora inclinando la cabeza y estirando el cuello frente al descolorido cajón de lata del que colgaban como exóticos trapos al sol *Shock*, *El destape* o *Playboy*.

Samuel era un joven obeso y nos observaba con sus minúsculos ojos borravino que resbalaban succionados por una misteriosa fuerza que los arrastraba hacia el abismo conformado entre la frente y los pómulos. Nuestros intentos por ganarnos la amistad de Samuel para que nos permitiera hojear un instante las revistas chocaban con su indiferencia vacuna que sólo era alterada por el brillo sucio de las monedas. Entonces sí asomaban algunos dientes blancuzcos, desparramados al azar sobre una mandíbula cuadrada.

Allí mismo, con Samuel, no nos quedaba más que asistir azorados a las prolongadas clases de seducción otorgadas por Juan. Demostraciones de su temprana destreza de galán. Creaba, desde la primera mirada, una especie de complicidad con las "minas" que pronto dejarían de ser desconocidas para convertirse en "novias".

Las escuchaba, hacía bromas ("reinas", las llamaba) y sobre todo, sonreía.

Empezaba preguntando el signo del zodiaco y, si ella decía "cáncer", él decía que estaba seguro que era canceriana, que cáncer es el mejor signo, y extraía de

su bolsillo un cangrejo dorado que enlazaba en el cuello de la “reina” mientras ella apartaba el cabello para descubrir el desnudo nacimiento de la nuca.

¡Era tan sencillo! Juan lo hacía parecer sencillo. De a poco se había convertido en mi maestro.

Un día junté coraje para hablar con Matilda, la hija del verdulero, y la detuve mientras caminaba apurada por la vereda. A pocos metros Samuel acomodaba los diarios inclinándose como un barco a punto de naufragar para dejar caer una piedra sobre ellos y, de esta manera, evitar que se volaran.

Matilda ya entonces era fea, pero el viento le daba cierta inimputabilidad, cierto aire de misterio, tensaba su naciente orgullo hasta hacerlo irrespirable.

Me interpuse en su camino y le dije -¡Hola!. La niña se sorprendió, aferró los libros y me clavó los ojos en algún punto entre la yugular y el estómago.

Quizá porque me conocía del barrio permitió que siguiera con mi parlamento. El verso de Juan, si uno le prestaba atención, notaba que era siempre el mismo. Los mismos gestos, la misma sonrisa. Pero a él le funcionaba.

Matilda no articulaba palabra, encajonada por mi antebrazo que formaban una especie de aduana infranqueable con la pared de ladrillos descascarada. Así y todo alcanzó a decir “piscis” antes de eludirme mientras yo intentaba desesperadamente desenredar en mi bolsillo la modesta ensalada de escorpiones y cangrejos de lata.

Desde el fondo del callejón Samuel miraba burlescamente, sonreía con sus pocos dientes sobrevivientes a las cacerías del dentista o de la simple fuerza de gravedad.

Fue por entonces que comencé a descubrir que para ellas yo no pasaba inadvertido, por el contrario, lamentablemente generaba el más insípido sentimiento de amistad, el más inocuo, el más aburrido.

Uno va llenando los vacíos que produce el olvido con inventos, a veces con reconstrucciones engañosas o con sucesos que sucedieron en otras circunstancias, con otros protagonistas, los injerta, los deja crecer sin que al final sea posible distinguir del todo lo que realmente sucedió de lo que no son más que travesuras de la memoria.

Creo recordar que la noche se había estirado desmesuradamente y amenazaba con invadir más plazas, saltaba sobre baldíos y tinglados, se prendía de las hojas de los álamos, mordía las orejas de los gomereros y teorizaba sobre el rocío en las pestañas de los mendigos y borrachos que amontonaba la madrugada.

Caminábamos de vuelta de un cumpleaños de quince al que no habíamos logrado ingresar, de todas formas ambos teníamos el paso amplio y satisfecho. Ibamos por el medio de la calle desierta. A esas horas, de alguna forma nos sentíamos completamente dueños de la ciudad dormida. Podíamos orinar una puerta o apedrear una farola con atlética impunidad.

Fue entonces cuando se lo conté. Cuando le confesé lo que había ocurrido la tarde anterior.

En algunos recuerdos ella me toma la mano, eso no lo tengo muy claro. En otros solamente dice que lo va a pensar o que no, que mejor fuéramos solamente amigos.

Yo le había preguntado si quería “*andar*” conmigo.

Andar.

A lo lejos, desde el kiosco, Samuel observaba con incrédula envidia la pareja sentada en el veredín de la casa.

De repente sentí el puño de Juan estrangulando mi garganta contra el muro mientras mis pies dejaban de tocar el piso. El aire dejó de ingresar a mis pulmones y la calle vacía se deformó como una alocada cinta desplegada al viento que salpicara las primeras sombras de la mañana contra las persianas.

—Nadie se mete con mi hermana -gritó enardecido- nadie.

Tenía los ojos inyectados en sangre.

Sospecho que en el fondo nunca me perdonó totalmente que aquella tarde yo hubiera tenido la insolencia de visitar a su propia hermana.

Con Josefina hablábamos poco, sobre todo compartíamos una especie de nada desabrida y viscosa que se formaba por mis silencios y los suyos.

Desde la óptica distante del kiosco de Samuel parecíamos novios. Fue entonces cuando intempestivamente dejó de exhibir las revistas que nos deleitaban ocultándolas en el fondo y su boca dejó entrever los restos de dos colmillos superiores que asemejaban la expresión de los perros cuando gruñen o pelean. Supongo que fue eso, que descifrar los restos de su dentadura, como un extravagante jeroglífico me ayudó a comprender su amor por Josefina.

En todas las vidas hay sucesos que rememoramos vivamente, aunque con posterioridad hayamos atravesado otras circunstancias que podríamos denominar trascendentes y variopintas.

Cuando Juan, después de tanto tiempo, me llamó por teléfono no imaginaba que tenía la intención de revelar el secreto que habíamos jurado guardar aquella noche de locos, pero es sabido que alguna fuerza sin ley mueve los hilos más recónditos del raciocinio del hombre.

Nos acercamos al camastro. Josefina cuidaba el último aliento de Samuel, el hombre que, por escasos cinco años había sido su esposo, tomaba su mano, lo miraba con los ojos que, sabía, nunca me habrían mirado de esa manera. El cáncer, después de ensañarse con la quijada, se había apoderado también de la lengua y la garganta. Lo que alguna vez fue obesidad se había transformado en un acertijo de huesos blandos y hediondos.

Reviví entonces el odio de aquellos tiempos en que Josefina aceptó su regalo, cuando las regordetas manos del kioskero hicieron anidar una cadenita con un dorado símbolo taurino en la planicie de su garganta.

Juan abrió una caja de zapatos. Más de una década dando tumbos la habían deteriorado, pero era lo más significativo de lo que nos habíamos atrevido a hacer entonces.

Desde el interior surgieron media docena de revistas chamuscadas.

“Fuimos nosotros, nosotros te quemamos el kiosco”.

Sin duda Samuel estaba más allá de insignificantes confesiones de última hora. La muerte le iba entrando en el cuerpo, así y todo, sonreía mostrando sus desnudas encías rosadas.

## Para toda la vida

Salir de una ciudad en tren puede ser desagradable o triste o las dos cosas a la vez. Uno ve el costado infame de la condición humana. Basureros municipales, villas miseria, una mujer arrojando un balde de algo sucio, con una multitud de niños descalzos brotándole entre los pies. Los saludos infantiles se desvanecían en el vidrio hasta desaparecer para ser sustituidos por un vagón descarrilado que deja paso a un cartel de Geniol y éste a una chacrita de aceros olvidados donde una docena de lavarropas y heladeras consentían que su chapa se oxidara contra un cielo indiferente. Vi cómo mamá apretaba con fuerza la mano arrugada de mi padre que todavía gruñía. El golpeteo monótono me facilitó acompañarlo, por unos instantes, en el hilo de sus pensamientos.

Era el mes de agosto, recuerdo, cuando un camión dejó caer aquella máquina sobre nuestro jardín, un lavarropas Westinghouse. Pesaba una enormidad, por lo que algunos de los vecinos del Callejón de Las Moreras que se habían reunido para apreciar la maravilla de la ingeniería que había decidido posarse en nuestro hogar se apresuraron a ayudar en la ardua tarea de bajarlo del camión. La tía Teresa preparó masas caseras y el abuelo se atrevió a descolgar un jamón desde la piecita del fondo que cortó con prolija paciencia. Los chicos hicimos una ronda alrededor del cilindro reluciente y, aunque se nos prohibió tocarlo, nos sentamos a mirarlo mientras bebíamos leche tibia.

Algunos daban indicaciones acerca de la manera de instalarlo mientras otros opinaban acerca del motor o la garantía. En ese momento mi madre comentó que sería abonado en cuarenta y ocho pequeñas cuotas que no dejaron dormir a mi padre durante cuatro años, pero, claro, yo entonces no sabía lo que era una cuota ni conocía la elástica dimensión de un año.

Ese día no lo hicieron funcionar porque el abuelo, que había estudiado hasta tercero en la Escuela de Minas, quería leer el manual de instrucciones y la tía deseaba hacerlo bendecir antes de echarlo a andar.

Me recosté para mirar una vez más las manos transparentes de mi madre, manos con cordones azulados y arroyos de café con leche. Noté en la ventanilla la presencia de un letrero negro que decía "Luján" en el momento que el tren comenzaba nuevamente su monótona marcha. Mi padre seguramente tendría su mente puesta en el viaje, en el otro viaje, el que habíamos emprendido seis años atrás.

Cuando subimos al *Kaiser Caravelle* llevamos la jaula con Cirilo, un par de sillas de paja (las que estaban mejor de las seis), salames de Coronda, dulce de membrillo en cantidad, unos papeles que decían que papá trabajaría en la radio. El lavarropas no entró, de todas formas la tecla de encendido ya no funcionaba y era necesario desenchufarlo para que dejara de rechinar.

Desembarcamos en un departamento, cerca de Constitución. Dos ambientes, tercer piso con ascensor. Recuerdo haber subido y descendido cuatro o cinco veces seguidas en aquella caja de rejas y poleas, es que cuando llegaba al tercero

me ponía a llorar porque no quería que bajáramos; entonces mi padre accedía a regresar una vez más a la planta baja, ante la cara de estás consintiendo demasiado a ese chico que ofrecía mi madre.

Las primeras tardes encendíamos la radio media hora antes de que comenzara *El otoño en que te amé*. El aparato demoraba un buen tiempo en calentar sus válvulas y después emitía unos ruidos, similares a los de un gato, por lo que Cirilo se desesperaba dentro de su pequeño mundo de alambre y alpiste. Más tarde llegaba la voz del locutor y de los artistas que apenas si oíamos porque estábamos atentos a los sonidos de fondo que, con los materiales más insólitos, papá se ocupaba de producir.

Diez años afiliado al partido, pegando carteles en las paredes y dando palmadas en el hombro le habían valido la posibilidad de codearse con Zully Láinez y Alfonso Pérez Tomba en aquella legendaria Radio Nacional.

Recuerdo un día en el que, cuando papá llegó, mamá lloraba desconsoladamente y es que, estando ahí mismo, mi padre había sido incapaz de hacer algo para que Carlos Alejandro no se alejara de Margarita Sofía.

Pero la tarde que más marcó nuestras vidas fue aquella en que mamá le dijo que Cirilo había muerto. Ella estaba segura de que había fallecido porque el pobre pájaro no había vuelto a ver el cielo. También dijo que moriríamos como Cirilo porque en Buenos Aires no había cielo y eso nos mataría a todos poco a poco. De nada valieron las explicaciones que quiso argumentar mi padre. Mamá lo acusó de condenarnos de aquella manera, si era evidente que cada vez estábamos más

pálidos. Fueron meses de discusiones ásperas, amenazas, llanto entrecortado. Papá juró gritando que jamás en la vida, pero jamás de los jamases, volvería al pueblo como un fracasado.

El tren se detuvo frente a un cartel que decía Estación Junín. Estaba nublado. Pasó un tiempo inexplicable antes de que la locomotora comenzara nuevamente a decir su áspero gemido de conquista. Mi madre pronto se quedó dormida.

Llegamos de noche, por suerte. Caminamos como pudimos, arrastrando unos bolsos desvencijados hasta nuestro Callejón de Las Moreras. Al viejo *Kaiser Caravelle* lo habíamos tenido que vender para pagar los pasajes y las deudas. El único que no reía era mi padre. Cuando abrimos la puerta nos recibió una nube de polvo y tela de araña. Lo primero que vimos detrás de la nube, y como si estuviera esperándonos, fue ese inmenso lavarropas, inmutable. Sobre un costado podía leerse claramente: "Westinghouse, para toda la vida".

## Índice

	Página
La cueva del chanco .....	9
La pared del fondo .....	15
Las maravillas del mundo .....	17
El aviso del diario .....	20
La persecución de un sueño .....	25
Los dibujos .....	28
Siesta silenciosa .....	30
Marito .....	31
A veces los jueves .....	34
Maldita ráfaga .....	36
Pa' qué .....	38
Diana .....	40
El homenaje .....	43
Sobre el tejado .....	45
La muy Gladys .....	51
El dolor en la nuca .....	55
Todo va a estar bien .....	58
Cerdo .....	62

El carneo .....	65
La plaza .....	68
Enlace en la oscuridad .....	71
Viaje al centro de la tierra .....	74
Tres deseos .....	77
Papá en el living .....	80
Cholo, el monstruo .....	82
Las lecciones de Juan .....	85
Para toda la vida .....	91

## AUTORIDADES

Sr. Gobernador de la Provincia de Buenos Aires  
*Ing. Felipe Carlos Solá*

Sr. Gobernador de la Provincia de Catamarca  
*Ing. Eduardo Brizuela del Moral*

Sr. Gobernador de la Provincia del Chaco  
*D. Roy Abelardo Nikisch*

Sr. Gobernador de la Provincia de Chubut  
*D. Mario Das Neves*

Sr. Gobernador de la Provincia de Córdoba  
*Dr. José Manuel de la Sota*

Sr. Gobernador de la Provincia de Corrientes  
*Dr. Horacio Ricardo Colombi*

Sr. Gobernador de la Provincia de Entre Ríos  
*Dr. Jorge Pedro Busti*

Sr. Gobernador de la Provincia de Formosa  
*Dr. Gildo Insfrán*

Sr. Gobernador de la Provincia de Jujuy  
*Dr. Eduardo Alfredo Fellner*

Sr. Gobernador de la Provincia de La Pampa  
*Ing. Carlos Alberto Verna*

Sr. Gobernador de la Provincia de La Rioja  
*Dr. Ángel Eduardo Maza*

Sr. Gobernador de la Provincia de Mendoza  
*Ing. Julio César Cobos*

Sr. Gobernador de la Provincia de Misiones  
*Ing. Carlos Eduardo Rovira*

Sr. Gobernador de la Provincia del Neuquén  
*D. Jorge Omar Sobisch*

Sr. Gobernador de la Provincia de Río Negro  
*Dr. Miguel Ángel Saiz*

Sr. Gobernador de la Provincia de Salta  
*Dr. Juan Carlos Romero*

Sr. Gobernador de la Provincia de San Juan  
*Ing. José Luis Gioja*

Sr. Gobernador de la Provincia de San Luis  
*Dr. Alberto Rodríguez Saá*

Sr. Vice Gobernador en ejercicio del Poder Ejecutivo de la Provincia de Santa Cruz

***D. Carlos Alberto Sancho***

Sr. Gobernador de la Provincia de Santa Fe

***Ing. Jorge Alberto Obeid***

Sr. Gobernador de la Provincia de Santiago del Estero

***Dr. Gerardo Zamora***

Autoridad en ejercicio del Poder Ejecutivo de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, Gobernador

***D. Hugo Omar Cócaro***

Sr. Gobernador de la Provincia de Tucumán

***CPN. José Jorge Alperovich***

Sr. Secretario General del CFI

***Ing. Juan José Ciáccera.***

Se terminó de imprimir en el mes de julio de 2006  
en *Altuna Impresores*, Doblas 1968, (C1424BMN) Buenos Aires, Argentina.  
[altunaimpresores@ciudad.com.ar](mailto:altunaimpresores@ciudad.com.ar)

Auspician



Digital Recording



CONSEJO FEDERAL DE  
INVERSIONES

San Martín 871 (C1004AAQ)  
Cdad. de Buenos Aires - Argentina  
Teletax: (011) 4317-0/00  
[www.cfired.org.ar](http://www.cfired.org.ar)